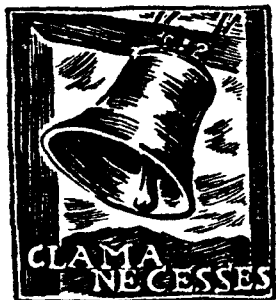


CRISTIANIDAD



44

RAZON DE ESTE NUMERO

mentos que hacen referencia a aquella expresión: Jesucristo, Rey universal, y centro de la Historia.

Sin embargo, se enfoca ahora el tema desde otro aspecto. Si antes — en el pasado número — el objeto primordial consistía en declarar y manifestar una verdad: la Realeza de Cristo sobre todos los pueblos, y su Encarnación como el suceso más trascendental de toda la Historia, en este número ofrecemos a nuestros lectores una doctrina moderna, que resume muchas otras, y que se opone diametralmente a la nuestra. Nos referimos a la filosofía de la Historia de Spengler. De la obra en la cual está condensada aquella doctrina entresacamos algunos fragmentos que dan idea de la verdadera posición que Spengler ocupa en este terreno.

Paralelamente a estos fragmentos, pero a enorme distancia de ellos, tenemos la Encíclica de **Jesucristo Redentor** de León XIII. Bien vale la pena que nuestros lectores puedan confrontar ambas doctrinas. Por este motivo dedicamos el presente número a hacer ver la contraposición existente entre un pensamiento como el de Spengler: alabado tan inconscientemente, y el pensamiento de la Iglesia.

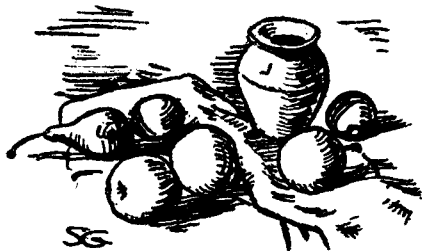
El **Editorial** titulado: **A tiempos nuevos, tácticas nuevas** está orientado en este sentido, insistiendo en los peligros que pueden seguir a la lectura de unas apreciaciones como las de este autor que él mismo califica de subjetivas.

Ahora bien, la contradicción que implica el sostenimiento de tales doctrinas por parte de un católico, es cosa que salta a la vista con sólo hojear las páginas de este número, la mayoría de ellas ocupadas por los fragmentos, contrapuestos, más significativos de la mencionada Encíclica de León XIII y de la obra «La Decadencia de Occidente» de Oswald Spengler, contraposición que titulamos: **«Dos inconciliables interpretaciones del Mundo y de la Historia»** (págs. 23 a 34).

Completan el número y encajan perfectamente en él el artículo **Divagación epifánica** (pág. 22), debido a **Frexinius Excelsior**, artículo que podría servir de recuerdo para aquellos que ven epifanías por doquier llegando a olvidar la de Jesucristo; y unos pasajes de **Emilio Castelar** que con el título: **La Encarnación, momento culminante de la Historia** (págs. 35 a 37) hacen referencia a la significación que la Encarnación de Jesucristo posee.

Un dibujo a dos planas, debido a la pluma de **I. M.^a Serra Goday**, sirve para ilustrar estos números dedicados a actualizar y comentar — repetimos — la expresión: Jesucristo, Rey universal.

Finalmente en la Sección **A la luz del Vaticano**, un **Discurso del Papa a los universitarios católicos** (págs. 38 y 39) y **Noticiero quincenal** (pág. 40).



“Catholic Truth Society”

PUBLICACIONES CATOLICAS INGLESAS

**38-40 Eccleston SQ. & 28a Ashley Place
L O N D R E S**

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

SUSCRIPCIÓN:

Anual 48'00 ptas.

Semestral . . 24'00 “

Número ordinario: 2'50 ptas.

“Cultura Bíblica”

**REVISTA MENSUAL
ILUSTRADA
DE DIVULGACIÓN**

A CARGO DE LA SECCIÓN DE PROPAGANDA

DE

A F E B E

Apartado 84

SEGOVIA

E N P R E N S A

LA VUELTA A LOS ALTARES

por Luis Creus Vidal

Tenga presente este título

● No olvide esta publicación

CRISTIANDAD

NÚMERO 44 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22448
BARCELONA

15 Enero de 1946

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 25875
MADRID

A tiempos nuevos, tácticas nuevas

No hace mucho tiempo, un profesor de conocido prestigio recomendó desde la cátedra de un centro docente a su auditorio de alumnos la obra de Oswald Spengler, tan vulgarizada en su título como poco leída por fortuna, y tan voceada como farragosa y de difícil comprensión, aun para las personas más cultas, que lleva por título "La Decadencia de Occidente". Díjose en aquella ocasión que la obra citada no debería faltar en la biblioteca de ninguna persona deseosa de saber.

Para que nadie se llame a engaño y para que los lectores de CRISTIANDAD —que se dirige a personas católicas y cultas, y por lo mismo dotadas de la primera condición esencial para poseer un verdadero y ordenado conocimiento de las cosas— conozcan el sentido de la obra recomendada, hemos creído conveniente reproducir precisamente en este número dedicado a poner de relieve la trascendencia del hecho sublime de la Redención, indudable centro de la historia, un fragmento de la misma que versa sobre la figura de Jesús y la sacrosanta religión por Él fundada, a los que Spengler pretende reducir a proporciones puramente naturales, negando con ello en dicho fragmento al "Emanuel", que significa "con nosotros Dios".

Al aventurar Spengler esta negación de la divinidad de Cristo, Nuestro Señor, ni que decir tiene que rechaza de plano la idea a cuya glosa se destina el presente número. CRISTIANDAD no se ha propuesto refutar aquí directamente las afirmaciones del referido autor. Si les da cabida en sus páginas, es para que, en contraposición con ellas adquiera más relieve la doctrina que se les opone: "ut lux in tenebris splendeat". Pero, le interesa, sí, hacer notar solamente al lector que el filósofo alemán no razona en modo alguno sus continuas y arbitrarias afirmaciones, que lo son especialmente —como apreciará el lector por sí mismo— en la materia que nos ocupa; alega él, por su parte, que procede más por intuiciones que por otros procesos intelectuales; mas, ¿qué garantía pueden éstas ofrecer para nadie? ¿Y si otra persona más autorizada que Spengler intuyese lo contrario?

Lo que parece más cierto, es que Spengler ha abandonado el viejo sistema de atacar la verdad con argumentaciones. Vale más convertirse en un enemigo impalpable, que constantemente hurta el cuerpo y rehuye el combate.

A tiempos nuevos, técnicas nuevas; el hombre moderno se halla saturado de racionalismo y por consiguiente reacciona contra él; es perezoso y rehuye cuanto puede el pensar por cuenta propia. ¿No será preferible servirle el error en un plato distinto y con una apariencia y una salsa distintas, como una mezcla de audacia y autoridad? Lo cual no quiere decir que no aproveche Spengler el informe bagaje pseudo-científico de los racionalistas de quienes arranca y contra quienes dice reaccionar. Su actitud respecto de la verdad de sus tesis en Filosofía de la Historia nos la confiesa en el prólogo de su obra aludida: "El núcleo de lo que he encontrado, sólo puedo calificarlo de "verdadero" en el sentido de verdadero para mí y, según creo, también para los espíritus directores del futuro; pero no de verdadero en sí, esto es, independientemente de las condiciones impuestas por la sangre y la historia, pues tales verdades no existen."

Frente a ello no cabe comentar más. El tema se refracta en una serie de cuestiones filosóficas y aun teológicas, cuya discusión no es de este lugar. Bástenos con haber apuntado la cuestión para volver sobre ella algún día. Ahora, contraponemos solamente a su fragmento sobre Jesús y el cristianismo, la doctrina y autoridad perennes de la Iglesia de Cristo.



Divagación Epifánica

Como todos los años, hemos vivido durante los días navideños la emoción con que conmemoramos el Advenimiento del Niño Jesús; y ahora, este monumento de la piedad y de la ciencia de todos los siglos que es la liturgia de nuestra Iglesia, antes de hacernos pensar y sentir que este Niño fué un Redentor de nuestra generación y mártir de la Verdad, antes de explicarnos ningún extremo de su sublime doctrina moral, se apresura a exponer una de las principales verdades de nuestro dogma presentándonos a este niño indefenso y débil, nacido en la más absoluta pobreza (casi diríamos en la mitad de un camino galileo) como lo que realmente es, a saber: Rey de reyes y Señor de los señores

Y así, en la Epifanía que es la fiesta de mayor grado litúrgico y la inicial de este ciclo, le vemos recibiendo el debido homenaje de pleitesía y adoración por parte de los Señores y Magos de Oriente, que en esta ocasión representan a todas las sociedades de la gentilidad, y a este Niño aplica asimismo la Iglesia las palabras del profeta Malaquías que cantamos en los Introitos de esta fiesta y de su octava: "He aquí que ha venido el Señor, Dominador de todas las cosas; en sus manos está el reino, la potestad y el imperio", seguidas de las palabras del Salmo 71 en las que se pide al Señor que los derechos de juicio y la justicia sean dados a este Hijo del Rey.

De la misma manera que los Reyes y los Jueces del mundo se presentan ante nosotros bajo mantos y togas para impresionar de este modo más fácilmente nuestro ánimo, así también, en este período del año litúrgico en que la Iglesia nos hace considerar la divina Realeza de Jesús, la glorifica conmemorando las múltiples ocasiones en que dicha divina Realeza fué manifestada a los hombres, ya recordándonos la sublime escena del Bautismo de Jesús en aguas del Jordán, ya repitiendo las humildes palabras de aquel centurión gentil que reconoció el señorío y poder de Jesús sobre los fenómenos naturales.

Este continuo himno a la Realeza sufre aparentemente en nuestra liturgia una solución de continuidad en la fiesta de la Sagrada Familia, introducida en época más reciente; en esta fiesta, guiados por la graciosa e inspirada pluma de San Lucas, que tanto supo de estas intimidades, sorprendemos la vida de este Rey en su hogar de Nazareth, y allá vemos que, de la misma manera que en la belleza de un cuerpo de adolescente se encerraba más doctrina que en todos los doctores, así también la obediencia de un hijo sumiso podía coexistir con la Majestad y la Soberanía del mayor de los Reyes.

La Iglesia no nos propone la consideración de este delicioso pasaje del Evangelio según San Lucas, para satisfacer en nosotros la curiosidad que todos los súbditos sienten respecto la vida privada de sus reyes, sino para preparar la comprensión de la tercera manifestación de la Realeza de Jesús que aparece relatada en el fragmento del Evangelio, según San Juan, que se lee en la Misa de dicho día.

En el primer milagro de su vida pública, milagro que tuvo lugar, como es sabido, en Caná de Galilea, Jesús instituye el Sacramento del Matrimonio, proclamándose así Rey de los corazones y de los hogares, y al considerar con detención los detalles de este hecho prodigioso, observaremos, en primer lugar, la sobriedad en los medios de que se valió para producir milagrosamente el vino: su Reino verdaderamente no es de este mundo, es decir, no se vale para reinar de los recursos que salvan o hunden los reyes de este mundo; El lo gobierna todo sin mediación de una burocracia, vence

a sus enemigos sin emplear cañones ni buques, y nos alimenta y nos viste a todos (hasta los pájaros del bosque y hasta los lirios del campo) sin haber distribuido jamás cartillas de racionamiento. Entonces, también hizo vino sin disponer de otra cosa que de agua: como en muchos milagros que realizó en ocasiones posteriores, exigió a los favorecidos cierta aportación material, pero ésta fué evidentemente exigua y sin proporción con el resultado obtenido.

¿Y cuáles son los beneficios que conseguiremos los que en el interior de nuestros corazones nos reconozcamos súbditos de este Rey y como a tales nos sintamos en el seno de nuestros hogares y en nuestra actuación pública o social? Ved lo que dice un observador imparcial de esta escena, el maestresala de la fiesta, testigo ciertamente de calidad: "Tu autem servasti bonum vinum usque adhuc" "Tú, al revés de los otros, has guardado el buen vino para el final". Esta frase fué motivada por la conocida costumbre de los judíos que en sus fiestas ofrecían los vinos de más calidad al principio del convite cuando los comensales conservaban todavía cierta serenidad en el juicio y en el paladar. Este versículo sugiere un infinito acervo de verdades que acaso no es posible resumir en un modesto ensayo como el presente: recuérdese, por ejemplo, cuán maravillado queda el bueno del maestresala al darse cuenta de lo avisados que eran los miembros de aquella familia que estaba bajo la protección del Señor y méditese asimismo sobre el hecho que únicamente el más poderoso de los Reyes, que tiene seguros los más rotundos triunfos, puede tener la paciencia de dejar para el final la victoria de sus protegidos.

Pero tiene esta frase una significación particular que deseáramos apuntar aunque sólo fuese brevemente: recordando con frecuencia que en la Sagrada Escritura se atribuye al vino significados simbólicos relativos al placer y al amor, se comprenderá la posibilidad de que en esta frase se formule a los matrimonios cristianos (unidos en la ley de Cristo y viviendo según ella) la promesa de que ellos, al revés de las demás uniones, encontrarán en la vejez alegrías y consuelos mejores que las de los placeres que unos y otros hallaron en su juventud.

Estos y muchos otros son los beneficios que nos alcanzarán por ser súbditos del Hijo de Dios cuya realeza quiere la Iglesia que consideremos en la fiesta de la Epifanía, y las dominicas siguientes. Estas son las modificaciones a que debemos entregarnos durante estas largas y tranquilas veladas de enero, que en las ciudades se acortan por el bullicio y la sensualidad de las fiestas mundanas, y que en el campo se alargan con la pereza y la molicie que rodean las lenguas llameantes del hogar.

Esto es lo que la Iglesia nos explica, mientras macizas masas de nieve inerte reposan cubriendo cimas y montes, y mientras allá en los campos la fría luz de la luna permite adivinar la silueta de los almendros bajo cuya corteza la savia empieza a moverse impulsada por el presentimiento de una nueva vida.

Si ahora en invierno no sentimos con verdadero sentimiento esta realeza de Jesús, no sabremos rendirle en Cuaresma el tributo de mortificación que nos pide, ni nos emocionaremos con la tragedia y la gloria de las jornadas pascales, y nuestros corazones serán terreno yermo cuando sobre ellos caiga la semilla de las lecciones morales que la liturgia nos explica en verano y en otoño.

Repitamos, pues, el canto que, con palabras del profeta Malaquías, entona la Iglesia repetidas veces estos días.

Fraxinus Excelsior



Las páginas que siguen a continuación quedan suficientemente presentadas por el Editorial y por la Razón del número. Repetiremos nuevamente aquí que se trata de presentar en contraposición y con el título: **Dos inconciliables interpretaciones del Mundo y de la Historia**, las doctrinas de Spengler y las de la Iglesia. Escogemos para ello la **Encíclica de Jesucristo Redentor** del Papa **LEÓN XIII**, que sentimos mucho no poder ofrecer íntegra y cuya fragmentación resulta la más penosa por la luminosidad y brillantez de pensamiento que ha presidido su redacción desde el principio hasta el fin.



DOS INCONCILIABLES DEL MUNDO Y

«Yo soy el camino, la verdad y la vida.»

(Evangélio de San Juan, XIV, 6)

Epístola Encíclica de Jesucristo Redentor. León P. XIII

ÚNICAMENTE CRISTO ES EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA

¿Qué esperanza de salud puede haber para aquellos que abandonan el principio y fuente de la vida? Cristo es únicamente el camino, la verdad y la vida: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (1); de tal manera que sin El necesariamente caen por tierra estos tres principios indispensables para la salvación de todos.

Consideramos ahora lo que la realidad misma enseña diariamente y lo que aún en la mayor afluencia de bienes mortales experimenta todo el mundo, a saber: que nada puede haber fuera de Dios en que la voluntad humana descansa de un modo absoluto y completo. El único fin del hombre es Dios y la vida que hacemos en la tierra es una verdadera semejanza e imagen de cierta peregrinación.

JESÚS ES EL CAMINO

Ahora bien; para nosotros Jesucristo es el camino, porque desde esta vida mortal, tan llena de trabajos y de dudas, no podemos llegar de ninguna manera a Dios, sumo, único y principal de los bienes, si no somos guiados y conducidos por Cristo. *Nadie viene a mí sino por el Padre* (2).

¿Y como podríamos conseguir esto sino por El? Pues, en primer lugar, y muy principalmente por su gracia, la cual, sin embargo, sería vacía o vana en el hombre que desprecia sus preceptos y leyes. Pues para conseguir esto, una vez adquirida la salud por Cristo, hizo que su ley fuese la custodia y directora del género humano, con cuyo gobierno se separasen los hombres de sus maldades y se dirigiesen *seguros a su Dios. Id y enseñad a todas las gentes (...)* Enseñándoles a *observar todo lo que yo os he enseñado (...)* (3) *Guardad mis mandamientos* (4). De donde resulta que es lo más principal y necesario para la profesión de la fe cristiana el mostrarse dócil a los preceptos de Jesucristo y sujetar completamente la voluntad a El como a nuestro dueño y Supremo Rey.

Los diversos apetitos traen al hombre de acá para allá, y fácilmente lo impelen hacia los halagos de los placeres mundanos para que siga más bien lo que le agrada que lo mandado por Jesucristo. De aquí que hemos de poner todo nuestro empeño en rechazar con todas nuestras fuerzas a las pasiones *en obsequio de Cristo*; las cuales, si no obedecen a la razón, se constituyen en dueñas y señoras del hombre haciéndolo su siervo y quitando el hombre entero a Cristo.

Difícil es, en verdad, rechazar lo que con tanta fuerza nos atrae y nos deleita: duro y áspero el despreciar, sujetándose al imperio y voluntad de Cristo, Nuestro Señor, aquellas cosas que consideramos como bienes del cuerpo y de fortuna; pero es necesario que el hombre cristiano se muestre sufrido y fuerte en sobrellevar esto que se le ha dado para su vida, si quiere conducirse bien.

¿Nos hemos olvidado cuyo es el cuerpo y cuya es la cabeza de que somos miembros? Con grande gozo llevó la cruz el que nos prescribió la abnegación de nosotros mismos.

Y en esta disposición de alma de que hablamos consiste precisamente la dignidad de la naturaleza humana.

Cristo no asignó a las riquezas, ni a la vida delicada, ni a los honores, ni al poder, sino a la paciencia, con lágrimas y afán de justicia y al corazón limpio, la felicidad sempiterna en el cielo.

(1) Joann., XIV, 6.

(2) Joann., XVI, 6.

(3) Math., XXVIII, 19-20.

(4) Joann., XIV, 15.

La Ley de Cristo, custodia
y directora del género humano.

La Ley de Cristo, camino para
el individuo.

INTERPRETACIONES

DE LA HISTORIA

El mundo de los hechos, la realidad, la historia, contrapuesto con el mundo de las verdades, la religión, el reinado de Cristo

(Spengler.—La decadencia de Occidente, págs. 300-309)



La figura de Jesús

El valor incomparable que eleva al cristianismo joven por encima de todas las religiones de esta fecunda primavera, es la figura de Jesús. No hay nada, en las grandes creaciones de aquellos años, que pueda ponerse a su lado. Quien, por entonces, oyera y leyera la historia de la pasión, acaecida poco antes —la última venida a Jerusalén, la última trágica cena, la hora de la desesperación en Getsemani, la muerte en la cruz— había de considerar como harto vacuas y mezquinas todas las leyendas y sacras aventuras de Mithra, de Attis y Osiris.

La vida religiosa de Jesús, los apóstoles y discípulos

Aquí no hay filosofía ninguna. Las sentencias, que algunos de los discípulos conservaban palabra por palabra en la memoria, son las de un niño en medio de un mundo extraño, decadente, enfermo. Nada de consideraciones sociales, nada de problemas ni de sutilezas. Como una isla de paz y bienaventuranza, la vida de esos pescadores y artesanos a orillas del lago de Genezaret flota en medio de su época, la época del gran Tiberio, lejos de toda Historia universal, sin la menor sospecha de los negocios de la realidad, rodeada del fulgor que destellan las ciudades helenísticas con sus templos y teatros, con la refinada sociedad occidental, las distracciones numerosas de la plebe, las cohortes romanas y la filosofía griega. Cuando los amigos y acompañantes llegaron a la edad senil y el hermano del crucificado presidía el círculo de Jerusalén, formóse con los dichos y las narraciones que circulaban por la pequeña comunidad un cuadro de conjunto tan íntimamente conmovedor, que hubo de crearse para él una forma propia de exposición, sin precedentes ni en la cultura antigua ni en la cultura arábiga: el Evangelio. El cristianismo es la única religión de la historia universal, en la cual una vida humana del presente inmediato llegó a ser símbolo y centro de la creación entera.

La realidad, la historia que les rodea

Formación de la leyenda evangélica *

El despertar del «alma mágica»

mundo germánico, conmovía entonces toda la comarca aramea. Despertaba el alma mágica. Lo que en las religiones proféticas era como un presentimiento, lo que en tiempos de Alejandro se bosquejaba en contornos metafísicos, cumplíase ahora. Y este cumplimiento provocó con indecible fuerza el sentimiento primario del terror. Uno de los últimos enigmas de la humanidad, de la vida toda en movimiento, es esa ecuación entre el nacimiento del yo y el surgimiento del terror cósmico. Cuando ante el microcosmos se descorre el macrocosmos amplio, prepotente, como una sima de realidades y actividades extrañas y bañadas de luz, encógese y recógese en sí mismo, temeroso, el débil y solitario yo. Nunca el adulto, ni aun en las horas más sombrías de su vida, vuelve a sentir aquel terror de la propia conciencia vigilante, aquel terror que a veces sobrecoge a los niños. Ese terror mortal se extendía por entonces sobre la naciente cultura mágica. En este orto de la conciencia mágica, todavía temerosa, oscura, incierta de sí misma, fué la mirada a posarse sobre el próximo final del mundo. Es esta la primera idea con que, hasta ahora, todas las culturas han llegado a adquirir conciencia de sí mismas. Todo espíritu algo profundo se sintió sobrecogido por un estremecimiento de revelaciones, de portentos, de últimas perspectivas en el arcano de las cosas. Pensábase y vivíase en imágenes apocalípticas. La realidad tornábase apariencia. Hablábase en secreto de rostros extraños y horribles; leíanse libros enmarañados y confusos que al punto eran comprendidos con inmediata certidumbre. De comunidad en comunidad, de aldea en aldea, iban esos libros, que no puede decirse que pertenezcan a una religión determinada. Tiene matices pérsicos, caldeos, judaicos; pero recogen en realidad todo cuanto interesaba a los espíritus de entonces. Los libros canónicos son nacionales; los libros apocalípticos son interna-

La apocalíptica, que caracteriza al «alma mágica», separa en el hombre al mundo de la verdad del de la realidad

Lamentable humanismo.

Fácilmente se deduce de lo expuesto qué se puede esperar del error y soberbia de aquellos que despreciando el reino de Cristo ponen y encumbran a un hombre mortal sobre todas las cosas y proclaman que es preciso acatar en todo la humana razón y la naturaleza vana, mientras no pueden ni alcanzan a definir cuál sea este reinado.

El reino de Cristo tiene su fuerza y forma en la caridad divina y su principio y fundamento es el amar santa y ordenadamente. De lo cual fluye necesariamente, que todo deber ha de ser guardado inviolablemente; que en nada se han de mermar los derechos ajenos: que se han de reputar por inferiores las cosas humanas a las celestes, y anteponer el amor de Dios a todas las cosas. Y esta dominación del hombre sobre sí mismo toda estriba en el amor de Cristo, a quien rechazar o empeñarse en no conocer es propio de alma vacía de caridad y falta de devoción.

Humanismo cristiano.

Gobierne, pues, el hombre en nombre de Jesucristo, pero con esta sólo y única condición: la de servir a Dios primeramente e inspirar en la ley divina su norma y sistema de vida.

Entendemos por ley de Cristo, no solamente los preceptos naturales de las costumbres y todo lo que los antiguos recibieron directamente de Dios y que Cristo perfeccionó a maravilla declarándolo y sancionándolo sabiamente; sino que entendemos además comprendido en ello el resto de su doctrina y todas las cosas verbalmente establecidas por Él. Y de todo ello la cabeza es la Iglesia, aún más, de nada se hace Jesucristo Autor o Legislador que la Iglesia no lo comprenda o abraza como propio.

Magisterio único de la Iglesia.

Por fin, con el ministerio de la Iglesia, quiso perpetuar gloriosamente el cargo que le señaló su Padre, dándola y confiriéndola por una parte todos los auxilios conducentes a la salvación del linaje humano, y por otra, sancionando seriamente que en lo sucesivo los hombres obedeciesen a la Iglesia y con todo empeño la tuviesen por guía en la carrera de esta vida mortal: *Quien a vosotros oye, a Mi oye; quien a vosotros desprecia, a Mi desprecia* (5). *Por lo cual la ley de Cristo se ha de buscar totalmente en la Iglesia, y así el camino seguro para el hombre serán Cristo y la Iglesia a la vez; Aquél por sí mismo y por su naturaleza, y ésta por mandato especial y por comunicación de la potestad.* De todo lo dicho se sigue con evidencia que todos aquellos que pretenden alcanzar la salvación fuera de la Iglesia siguen caminos extraviados y en vano se esfuerzan por conseguirlo.

La Ley de Cristo, Camino para las naciones.

Y lo mismo acaece con los individuos que con las naciones, las cuales forzosamente caen en el abismo y la ruina si se apartan del Camino. *El Hijo de Dios, procreador y redentor de la naturaleza humana es Rey y Señor de todo el universo mundo y tiene la potestad y sumo dominio sobre cada uno de los hombres en particular y sobre toda sociedad civil que ellos constituyan. Dióle toda potestad y honor y reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas servirán al Mismo* (6). *Yo, pues; estoy constituido como rey por El... Y te daré las gentes en herencia tuya, y tu posesión tendrá por límites los términos de la tierra* (7).

Debe, pues, en toda sociedad humana estar en vigor la ley de Cristo, de suerte que no tenga carácter privado solamente, sino público, y sea a la vez guía y maestra de toda norma de vida. Y porque esto ha sido dispuesto así y así decretado por Dios, a nadie es lícito el impugnarlo; y así mal proveerán los intereses y beneficios de los estados quienes pretendan establecer los cimientos de todo orden social fuera de un régimen genuinamente cristiano.

Si la razón humana se aparta de Jesús, privada de luz y de socorro, se oscurece la noción misma de causa, la cual engendra la sociedad común, que tiene a Dios por tutor, y que consiste en que los ciudadanos por medio de la ayuda de la unión y vínculo civil consigan el bien natural, entendiéndose por tal aquel que está muy por encima de todo lo terreno y es congruente con todo don perpetuo y perfectísimo. Ocupadas las mentes en tal confusión de ideas, entran por un camino dudoso tanto para los que mandan como los que obedecen, y no tienen norma segura ni para proseguir adelante, ni para permanecer firmes.

JESÚS ES LA VERDAD

De qué suerte sea desdichado y calamitoso errar el camino recto, se verá por lo pernicioso que sea también apartarse de la verdad. La primera, absoluta y esencial verdades el mismo Cristo, como que es el Verbo de Dios, consubstancial y coeterno con el Padre y uno mismo con El. *Yo soy la Verdad, el Camino y la Vida.* Así pues, si se busca la verdad, es menester que la razón humana obedezca en todo a Jesucristo y a su magisterio, por lo mismo que la verdad habla por boca del mismo Cristo.

Muchísimas cosas hay en las que puede espaciarse libremente el ingenio humano, como en un campo ubérrimo y feracísimo, contemplando e investigando, y esto no sólo por concesión, sino hasta por exigencia de la naturaleza misma. Pero es ilícito y contra la razón natural no querer limitar los fueros de la mente humana, en sus ciertos y propios linderos, y, rechazando las leyes de la debida modestia, despreciar la autoridad del

La ciencia debe detenerse ante la autoridad del magisterio de Cristo.

(5) Luc., X, 16.

(6) Dan., VII, 14.

(7) Ps. 11.

cionales en el más riguroso sentido. Existen y no parece haberlos escrito nadie. Su contenido flota mostrencado y suena hoy distinto que ayer. Pero tampoco son "poesía". Semejan esas terribles figuras que hay en los pórticos de las catedrales románicas francesas, que no son "arte", sino terror petrificado. Todo el mundo conocía esos ángeles y demonios, esas ascensiones al cielo, esos descensos al infierno de seres divinos, el hombre primario o segundo Adán, el enviado de Dios, el Salvador de los últimos días, el hijo del hombre, la ciudad eterna, el Juicio final. En las ciudades extranjeras y en las sedes del sacerdocio pérsico y judaico, las doctrinas diferenciales eran, sin duda, objeto de estudio y discusión. Pero en el pueblo, casi no había una religión determinada, sino una general religiosidad mágica, que llenaba las almas y que estaba formada por perspectivas y cuadros de los más varios orígenes. Se aproximaba el fin del mundo. Se le esperaba. Sabíase que "El" había de aparecer ahora, Aquel de quien hablaban todas las revelaciones. Surgían los profetas. Formábanse cada día nuevas comunidades y círculos, en la convicción de conocer mejor la religión nativa o de haber encontrado al fin la verdadera. En esta época de tensión formidable, de tensión creciente, próximo el nacimiento de Jesús, se originaron innumerables comunidades y sectas y entre ellas la religión mandea de la salvación, cuyo fundador u origen ignoramos. Al parecer, hallábase muy próxima a la creencia popular del judaísmo sirio, a pesar de su odio contra el judaísmo de Jerusalén y su predilección por concepciones pérsicas referentes a la idea de la salvación. Ahora van descubriéndose uno por uno los fragmentos de sus libros maravillosos. Por doquiera el término de la esperanza es "El", el hijo del hombre, el salvador enviado a las profundidades, el salvador que ha de ser también salvado. En el libro de Juan habla el Padre, erguido en la morada de la perfección, envuelto en luz, a su hijo: Hijo mío, sé mi mensajero—baja al mundo de las tinieblas, en donde no hay rayo de luz—. Y el hijo exclama: Padre grande, ¿en qué he pecado, que me envías a lo profundo? Y por último: Sin defecto he ascendido y no habrá en mí defecto ni falta alguna.

A la base de todo esto se encuentran todos los rasgos de las religiones proféticas y el tesoro de las profundas sabidurías y figuras que se habían reunido desde entonces en la apocalíptica. Ni un soplo de pensamiento y sentimiento antiguo ha penetrado en este submundo de lo mágico. Los comienzos de la religión nueva se hallan, indudablemente, perdidos para siempre. Pero hay una figura histórica del mandeísmo que apa-

rece con sorprendente claridad, figura trágica en su querer y su morir, como el mismo Jesús: es Juan el Bautista. Casi desprendido del judaísmo y rebosante de odio profundo al espíritu de Jerusalén—esto corresponde exactamente al odio de los rusos netos contra Petersburgo—, predica Juan el fin del mundo y la proximidad del Barnasha, del hijo del hombre, que ya no es el prometido Mesías nacional de los judíos, sino el que trae el incendio del mundo. A Juan fué Jesús y se hizo su discípulo. Tenía treinta años cuando el despertar iluminó su pecho. El mundo de las ideas apocalípticas y sobre todo mandeas, llenó desde entonces su conciencia. El otro mundo, el mundo de la realidad histórica, yacía en torno suyo como mera apariencia, como algo ajeno e insignificante. Sentía la certidumbre inmensa de que El iba a venir y a poner término a esa realidad irreal. Y defendió y propagó esta convicción, como su maestro Juan. Todavía los más viejos Evangelios recogidos en el Nuevo Testamento nos dejan vislumbrar esa época, en la cual Jesús no tenía conciencia de ser otra cosa que un profeta.

Pero hay un momento de su vida en que le sobreviene primero un vislumbre y luego la suprema certeza: tú eres El. Fué un secreto que al principio casi no se confesaba a sí mismo. Luego se lo dijo a sus íntimos y acompañantes, los cuales recogidamente compartieron con El la sacra embajada, hasta que se atrevieron a manifestar la verdad ante el mundo entero en el viaje fatal a Jerusalén. No hay prueba más convincente de la pureza y sinceridad absoluta de sus pensamientos que la duda, una vez y otra sentida, de si quizás no se habría engañado; sus discípulos más tarde han referido puntualmente esas vacilaciones. Llega a su tierra. Acude todo el pueblo. Reconocen todos al antiguo carpintero que ha abandonado su trabajo; y se indignan. La familia, la madre, los numerosos hermanos y hermanas se avergüenzan de él y quieren sujetarlo. Allí, cuando él ve todos los rostros conocidos mirándole, se confunde, vacila y la fuerza mágica se debilita en su alma (Marcos, 6). En Getsemaní se mezclan las dudas sobre su misión con el terror indecible del porvenir; y todavía en la cruz se oye la quejumbrosa llamada y queja de que Dios le ha abandonado.

Aun en estas últimas horas vive sumido por completo en las imágenes de un mundo apocalíptico. No ha percibido nunca realmente otras en torno suyo. La realidad que los soldados romanos, sus guardianes, veían, era para él objeto de incesante admiración y extrañeza, una apariencia engañosa que podía de pronto deshacerse. Era su alma el alma pura y genuina del campo sin urbes. La vida de las ciudades, el espíritu

La esperanza en la salvación alentaba en los espíritus de aquella época: la religión mandea

El mundo y submundo de lo "trágico" ajeno al mundo greco romano

La figura de Juan Bautista precedente de la de Jesús

Jesús discípulo de Juan

El mundo de la realidad histórica

Jesús adquiere un día la certeza de ser el Mesías *

Jesús ausente de la realidad histórica que le rodea *

magisterio de Cristo. Porque la doctrina de la cual depende nuestra salvación, versa toda ella acerca de Dios y acerca de cosas todas divinísimas, y nunca ciencia humana alguna bastó para crearla, antes bien, únicamente el Hijo de Dios la recibió y sacó toda de su Padre Celestial: *Las palabras que me diste, son las que a ellos he dado* (8).

Por lo cual es necesario que comprenda muchas cosas, no que repugnen a la recta razón, ya que esto no puede ser en modo alguno, sino otras cuya alteza no podemos abarcar ni con el pensamiento ni comprender con nuestro limitado raciocinio, como es el entender tal cual es en sí Dios Nuestro Señor. Ahora bien, si tantas cosas existen ocultas y tan secretas por su naturaleza misma, que no puedan ser investigadas por ninguna humana diligencia, acerca de cuya existencia ningún entendimiento se atreverá a dudar; será ciertamente propio de los que abusan con perversidad de su libre albedrío no admitir la existencia de cosas puestas muy sobre el alcance humano, porque no es dado al hombre percibir las tales cuales sean.

Rationabile obsequium.

Jesucristo, que es Dios, debe reinar sobre las inteligencias.

Recta valoración de las cosas derivada de sumisión a la verdad de Cristo.

La sumisión de la inteligencia al imperio y tutela de Cristo eleva a aquélla en dignidad y conocimiento.

Enseñanza práctica que de lo dicho se desprende.

A esto pertenece el rechazar todo dogma y declarar inadmisibles la sagrada religión cristiana. Pero hay que inclinar el entendimiento con humildad y sin condiciones *en obsequio a Jesucristo* hasta tanto que sea aquel como cautivo de la divinidad e imperio de Éste, *reduciendo a cautiverio todo entendimiento en obsequio de Jesucristo* (9). Y este total obsequio es el que Cristo quiere se le tribute, y lo quiere con todo derecho, pues es Dios, y por lo mismo, así como ha de imperar en las voluntades de los hombres, ha de hacer lo mismo en las inteligencias. Y al servir el hombre a Cristo con su inteligencia, no lo hace servilmente, sino de un modo muy conforme a la razón y a su nativa excelencia, pues con su voluntad acata el imperio, no de un hombre cualquiera sino del autor suyo y monarca de todo, que es Dios mismo, al cual debe estar sujeto por ley de naturaleza. *Y no se diga en manera alguna que se oprime su dignidad ante la opinión humana, antes bien, aquélla se ensalza con una verdad eterna e inmutable.* Así, pues, todo bien intelectual y toda la plenitud de la libertad se alcanzan con ello.

La verdad que se deriva del magisterio de Cristo, pone de manifiesto lo que vale y en lo que debe estimarse cada cosa, y el hombre, imbuído en tal conocimiento, si obedeciere a la verdad que percibe, en lugar de hacer servir su razón a la concupiscencia, haría que ésta sirviese a aquélla, y apartada de sí la pésima servidumbre del error y del pecado, se regeneraría entre la más excelente de todas las libertades. *Conoceréis a la verdad, y la verdad ha de libraros* (10).

Queda bien patente, pues, que toda inteligencia que rechaza el imperio y tutela de Cristo con voluntad perversa lucha contra Dios. Y emancipados los que así piensan de la voluntad divina, no por esto serán más libres; puesto que han de caer en manos de otra cualquiera potestad humana, y han de elegir, como suele acaecer, un hombre cualquiera a quien oigan, obedezcan o sigan como maestro y guía. De ahí, cerrada en inteligencia a la comunicación de las cosas divinas, la hacen revolver en un círculo vicioso de una ciencia limitada y mezquina, y hasta en aquellas mismas cosas que suelen conocerse más por medio de la razón natural son menos aptos para aprovechar debidamente.

Hay en la naturaleza de las cosas muchas a las cuales ayuda no poco la luz de la doctrina de lo alto para comprenderlas o explicarlas, y para castigar muchas veces Dios la culpa de su soberbia, permite que no vean la verdad tal cual ella es para que lleven el castigo en aquello mismo en que pecaron. Por esto se ven hoy día muchísimos ingenios privilegiados por su erudición exquisita, que al investigar los misterios de la naturaleza persiguen teorías tan absurdas que puede decirse que nadie erró más torpemente que ellos.

Téngase, pues, por cosa cierta que ha de entregarse totalmente la inteligencia humana, para vivir vida de cristiano, a la autoridad divina. Y si por aquello de que la razón cede a la autoridad, aquel orgullo íntimo que tanta fuerza tiene en nosotros se rebela y lamenta con dolor, se sigue que es más necesario todavía al cristiano el sacrificio del entendimiento que el de la voluntad.

Y por esto queremos recordar que los que se forjan en su mente una ley y manera de sentir y obrar más ancha y muelle en la vida cristiana, de preceptos más suaves y conformes con su floja inclinación y más benignos con la humana naturaleza, no han de ser tolerados jamás ni oídos con benevolencia. No comprenden los tales la fuerza de la fe y de las instituciones cristianas, no ven que a cada paso la *Cruz* nos sale al encuentro, como estandarte perpetuo y ejemplar para todos aquellos que real y verdaderamente, y no solo de nombre, quieren seguir a Cristo.

JESÚS ES LA VIDA VERDADERA

Vida natural.

Propio es de sólo Dios ser Vida verdadera; todas las otras naturalezas son participantes de la Vida, pero no han sido ellas la Vida jamás. Desde toda la eternidad, por su peculiar naturaleza, Cristo es la *Vida*, del mismo modo que es la *Verdad*, por que es Dios de Dios. Del Mismo, como del altísimo principio, fluye en el mundo toda vida y fluirá perpetuamente; todo lo que es, es por El mismo; todo lo que vive, por

(8) Jo. XVII, 8.

(9) II Cor., X, 5.

(10) Jo. VIII, 32.

en sentido urbano le eran por completo ajenos. ¿Vió realmente y comprendió en su esencia histórica Jerusalén, ciudad semiantigua, en donde entró como hijo del hombre? Esto es lo que tienen de conmovedor los últimos días, ese encuentro y choque de los hechos con las verdades, de los dos mundos que nunca han de entenderse. No supo nunca lo que le pasaba.

Así anduvo predicando y anunciando por su país. Pero este país era Palestina. Había nacido en el imperio antiguo y vivía ante los ojos del judaísmo de Jerusalén; y tan pronto como su alma se desviaba un tanto de la contemplación interior y del sentimiento de la misión, para mirar en torno, tropezaba su mirada con la realidad del imperio romano y del fariseísmo. La repugnancia que le inspiraba ese ideal rígido y egoísta, repugnancia que compartía con todo el mandeísmo y, sin duda, con el pueblo judío de Oriente, es el carácter primero y más permanente de todas sus predicaciones. Sentía horror de ese fárrago de fórmulas intelectualistas, que se jactaban de ser única vía de salvación. Sin embargo, era sólo otra clase de religiosidad, que con lógica rabínica disputaba el derecho a su convicción.

Era la ley frente a los profetas. Pero cuando Jesús fué conducido a presencia de Pilatos, *el mundo de los hechos y el mundo de la verdad se enfrentaron sin remedio ni avenencia posibles*, con tan terrible claridad y gravedad simbólica, que ninguna otra escena de la historia universal es más impresionante. La discrepancia esencial que ya existe en el principio y raíz de toda vida en movimiento, sólo por serlo, sólo por ser existencia y conciencia, recibe aquí la forma más alta imaginable de la tragedia humana. En la famosa pregunta del procurador romano: ¿qué es la verdad? —única frase del Nuevo Testamento que tiene "raza"—*está encerrado el sentido todo de la historia*, la exclusividad de los hechos, la preeminencia del Estado, el valor de la sangre, de la guerra, la omnipotencia del éxito, el orgullo de un destino grande. A esto no contestó la boca de Jesús; pero su silencioso sentimiento replicó con la otra pregunta, con la pregunta decisiva de toda religiosidad: *¿qué es la realidad?* Para Pilatos la realidad lo era todo; para Jesús, nada. No puede ser otra la contraposición de la religiosidad a la historia y sus potencias. La religión no puede juzgar de otro modo la vida activa y, si lo hace, es que ha dejado ya de ser religión y ha caído en el espíritu de la historia.

Mi reino no es de este mundo—he aquí la última palabra, la que no admite ulteriores interpretaciones. Por ella puede cada cual saber de fijo donde, por nacimiento, se halla adscrito:

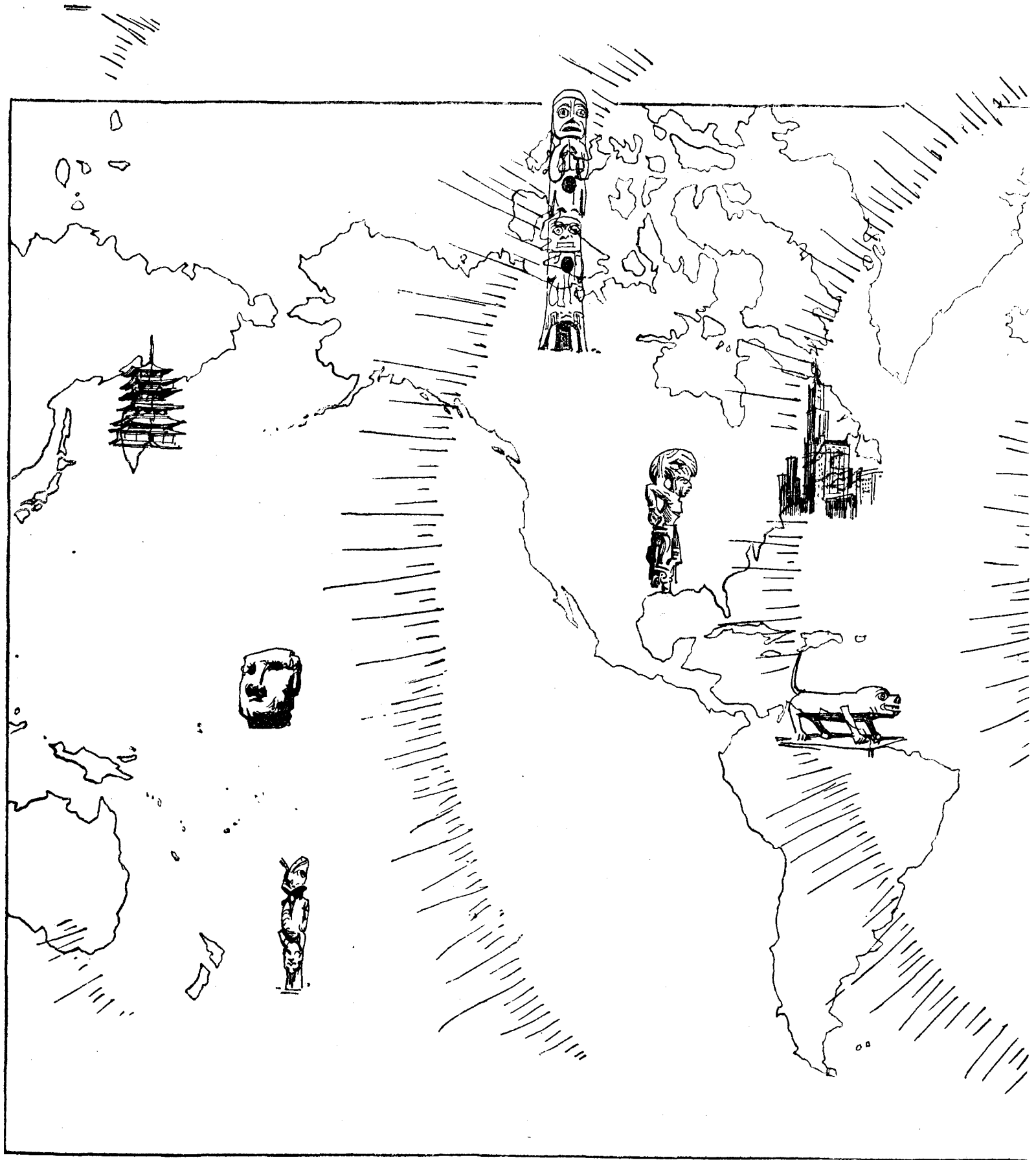
a la existencia que se sirve de la conciencia o a la conciencia que subyuga a la existencia; al acto o a la tensión; a la sangre o al espíritu; a la historia o a la naturaleza; a la política o a la religión. Aquí no hay más que: o esto o lo otro y no cabe honrado acomodamiento. Un hombre de Estado puede ser profundamente religioso; un hombre piadoso puede caer por su patria; pero tienen que saber uno y otro de qué parte están en realidad. El político nativo desprecia las consideraciones supramundanas de ideólogos y éticos, en medio de su mundo efectivo y tiene razón. Para el creyente, la ambición y el éxito del mundo histórico son pecaminosos, carecen de eterno valor—y también tiene razón. Un príncipe que quiera mejorar la religión en el sentido de fines políticos, prácticos, es un loco. Un predicador que quiera asentar la verdad, la justicia, la paz, la concordia en el mundo de la realidad es también un loco. No ha habido fe que cambie el mundo como no hay hecho que pueda refutar una creencia. No existe conciliación entre el tiempo dirigido y la eternidad intemporal, entre el curso de la historia y la predominancia de un orden divino, en cuya estructura las palabras "decreto de Dios" significan la máxima causalidad. *Tal es el sentido último de aquel momento en que Jesús y Pilatos se encuentran frente a frente*. En el mundo histórico, el romano dejó crucificar al Galileo—era su sino. En el otro mundo, Roma caía maldita y la cruz se alzaba como signo de la salvación—era "la voluntad de Dios".

La religión es metafísica y no otra cosa: credo quia absurdum. La metafísica conocida, demostrada—o tenida por tal—es mera filosofía o erudición. Aquí me refiero a la metafísica *vivida*, a lo impensable como certeza, a lo sobrenatural como hecho, a la vida en un mundo irreal, aunque verdadero. Ni un momento ha vivido Jesús de otra suerte. No fué un predicador, moralista. Considerar la moral como último sentido de la religión es no conocer la religión. Eso es "siglo diez y nueve"—"ilustración", filisteísmo humanista. Atribuir a Jesús ideas sociales es calumniarle. Las sentencias morales que en alguna ocasión enuncia si no son meras atribuciones posteriores, sirven tan sólo para la edificación. No contienen doctrina nueva. Había entre ellas refranes, que todos conocían harto bien. La doctrina de Jesús era exclusivamente una revelación de las últimas cosas, cuyas imágenes de continuo llenaban su mente ordo de la era nueva, venida al mundo del enviado de Dios, Juicio final, un nuevo cielo y una tierra nueva. Nunca tuvo otro concepto de la religión, ni existe otro en ninguna época de verdadera interioridad. *Religión es toda ella*

Aplicación práctica de la contraposición entre verdad y realidad

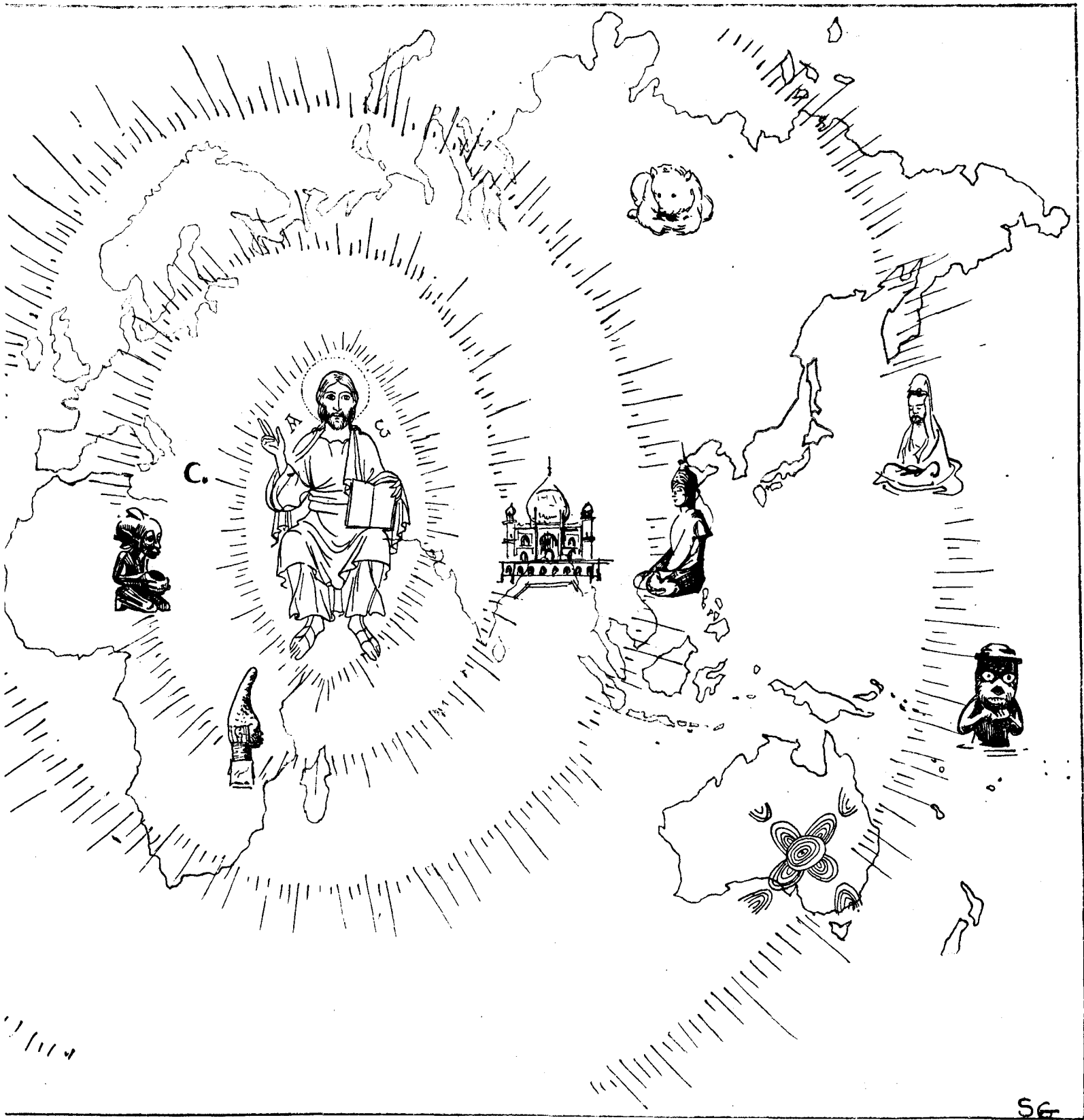
La religión es metafísica, no moral ni ideas sociales. Es doctrina del allende, vida con y en lo suprasensible

Jesús ante Pilatos:
la verdad se enfrenta
con la realidad sin
remedio ni avenencia
posibles



Y en tal estado de promesa, de tradición, de necesidad y de deseo, se nos aparece en efecto JESUCRISTO en todas las creencias del mundo entero, desfigurado por todas partes, en la diversidad y en las alteraciones infinitas de estas creencias, pero pudiendo ser conocido por doquiera en rasgos tanto más parecidos cuanto que eran más uniformes en esta diversidad y se hallaban más conservados en esta alteración(...)

El politeísmo, en efecto, si se le observa bien, es la anticipación y la multiplicación a voluntad de cada pueblo, de esa intervención de Dios en la humanidad. No es esto decir que no hayan concurrido otras causas para el politeísmo, sino que esta es la principal(...)



Abundan sobre ello los testimonios hasta el punto de excluir toda discusión por su diversidad y su convergencia. Un sabio mitólogo los resume en parte, con ocasión de uno de ellos: «Los libros de Likyki, dice Ramsay, hablan de una época en que todo debe ser restablecido en su primitivo esplendor, por la llegada de un héroe llamado *Kiuntse*, que significa *Pastor y Príncipe*, a quien dan ellos también los nombres de *Santísimo*, de *Doctor Universal*, y de *Verdad Suprema*.—Es el *Mithra* de los persas, el *Orus* de los egipcios y el *Brahma*.—Los chinos hablan también de los padecimientos y de los combates de *Kiuntse*(...)»

De la obra «*Jesucristo*», de A. Nicolás

Vida
de la gracia o sobrenatural.

Vida de la fe.

Cristo sustenta y conserva en nosotros la vida moral, y principalmente por medio del ministerio de la Iglesia.

Supone un grosero naturalismo el pretender enderezar las costumbres hacia la honestidad por medio del magisterio único de la razón.

Consecuencias del menosprecio de la fe:

en la moderna sociedad civil.

Cuadro de los males que agobian al mundo actual.

Hay que buscar el REMEDIO oportuno con madurez y reflexión.

Cuál es este REMEDIO de los males presentes:

en la cuestión social;

El mismo vive, porque todas las cosas por el Verbo fueron hechas, y *sin El nada se hizo de cuanto hay hecho.*

Esto acaece en cuanto a la vida de la naturaleza, pero muchísimo más en la otra vida más excelente que debemos a Cristo y de la que hemos hecho mención, es a saber: *la vida de la gracia*, a la cual debemos referir todos nuestros pensamientos y acciones. Y en esto estriba toda la fuerza de la doctrina y leyes cristianas, en que *muertos para el pecado vivamos para la justicia* (11), esto es, para la santidad y virtud en que consiste la vida moral de las almas con la esperanza de una bienaventuranza perpetua.

Se puede muy propiamente decir que nada alimenta mejor el espíritu de la justicia que la fe cristiana, la más apta también para la salvación. *El justo vive de la fe* (12). *Sin la fe es imposible agradar a Dios* (13). Así, pues, el implantador y padre de la fe, y el que en nuestras almas la mantiene, no es otro que Jesucristo, y El es quien sustenta y conserva en nosotros la vida moral, y esto de un modo muy principal por medio del ministerio de la Iglesia. Y con benigno y providentísimo parecer entregó a ésta todos los medios aptos para engendrar esta vida de fe de que hablamos, y, una vez engendrada, la conservaran y defendieran, y la hiciesen renacer si por acaso se extinguía. Pero toda esta fuerza procreatriz y conservadora de las virtudes se estrella si la norma y disciplina de las costumbres se aparta de la fe divina, y es cosa manifiesta que pretenden despojar al hombre de su altísima dignidad, despojándole de la vida sobrenatural y haciéndole revolver en los horrores de un naturalismo grosero, los que intentan o quieren enderezar las costumbres hacia la honestidad por medio del magisterio único de la razón.

No se crea por esto que el hombre no pueda entender y discernir cosas naturales con la luz de su razón; pero aún cuando entendiéndose con ella todas las cosas, y sin ningún tropiezo guardase todo precepto en su vida, lo que no puede ser sin la gracia del Redentor por auxilio, nadie habría que pudiese confiar en su eterna salvación destituido de la fe. *Si alguien no permaneciese en Mí, será echado fuera como una rama, y se secará, y lo recogerán, y lo echarán al fuego y arderá* (14). *El que no creyere será condenado* (15). Y por fin demasiadas pruebas y documentos tenemos ante nosotros de los frutos que acarrea este menosprecio de la fe. ¿Por qué causa muchas ciudades trabajan y se esfuerzan hasta debilitarse, sino por establecer y aumentar por todos los medios posibles e imaginables la prosperidad pública?

Dicen que la sociedad civil está ya hartamente segura y custodiada por sí misma, y que puede, cómodamente, subsistir sin el auxilio de las instituciones cristianas y que con sólo su esfuerzo puede alcanzar la meta apetecida. De ahí viene que los que tienen a su cargo la administración pública, lo hacen de un modo profano y de tal suerte, que en las leyes civiles y en la vida pública de los pueblos nadie hallará ningún vestigio de la religión de sus antepasados.

No ven suficientemente lo que hacen, pues destruida la noción de la Divinidad que sanciona lo bueno y lo malo, es forzoso que las leyes menoscaben la autoridad del jefe del Estado y que la justicia vacile, siendo ambas cosas como son dos vínculos firmes y necesarios de toda conjunción y concordia civil. De igual manera, quitada de una vez toda esperanza de los bienes inmortales, *es muy natural apetecer con afán las cosas mortales y caducas, cada una de las cuales, procura traer a sí con todas sus fuerzas y con ansia desmedida.*

De aquí nacen los odios, las emulaciones, las envidias, las determinaciones criminales, el descaro, la ruina de toda autoridad y el maquinarse la disolución más loca y criminal de todo principio social. En el exterior, guerras y amenazas; en lo interior, falta de seguridad absoluta: y la vida común de los pueblos aparece manchada con toda suerte de crímenes.

Pero en medio de tanta lucha de pasiones bajas, entre tantos peligros y en tales riesgos que amenazan, hay que buscar un remedio oportuno con madurez y reflexión. Reprimir a los malhechores, restablecer en su primitiva dulzura las costumbres, y por todos los medios evitar los delitos con la paternal tutela de las leyes, es cosa justa y debida, pero no estriba en esto.

Mucho más encumbrado está el remedio; una autoridad más alta se ha de invocar que la meramente humana, que toque los corazones, recuerde a todos sus deberes y haga a los hombres mejores, y ésta no es otra que aquella fuerza que ya una vez libró a todo el universo de males semejantes y de una perpetua ruina. Quien haga revivir y fortalecer el espíritu cristiano adormecido, y le libre de toda traba e impedimento, harán nacer también la sociedad humana.

Era peligroso callar la lucha de clases, pero muy santo y conforme recomendar los derechos de ambas partes con mutua concordia. Si a Cristo oyen, cumplirán todos sus deberes, tanto los dichosos como los infortunados; los unos sentirán que deben cumplir con la caridad y la justicia si quieren ser salvos; los otros, con la resignación y el

(11) I Pet. II, 24.

(12) Galat. III, 11.

(13) Hebr. XI, 6.

(14) Joann. XV, 6.

(15) Marc. XVI, 16.

El sentido, para Spengler, de las palabras de Jesús «Mi reino no es de este Mundo»

metafísica, doctrina del allende, conciencia en medio de un mundo cuyos primeros planos se destacan e iluminan merced al testimonio de los sentidos; religión es vida con y en lo suprasensible, y cuando falta fuerza para tal conciencia, cuando falta energía aun sólo para creer en ella, entonces la verdadera religión se acaba. ¡Mi reino no es de este mundo! Sólo quien sepa medir la gravedad de este conocimiento, puede comprender sus más hondas sentencias. Más tarde, las épocas urbanas, incapaces ya de tales perspectivas, son las que han referido al mundo de la vida exterior un resto de religiosidad y han substituído la religión por sentimientos de humanidad y la metafísica por predicaciones morales. En Jesús encontramos justamente lo contrario. "Dad al César lo que es del César"; es decir: someteos a los poderes del mundo de los hechos, aguantad, sufrid, no preguntéis si son "justos". Lo importante es tan sólo la salvación del alma. "Ved los lirios en el campo"; es decir: no os preocupéis de riqueza ni de pobreza, que una y otra encadenan al alma a los

cuidados de este mundo. "Hay que servir a Dios o a Mammon"; quiere decir Mammon la realidad entera. Mezquina y cobarde es toda interpretación que excluya de esta exigencia la grandeza que en verdad atesora. Jesús no habría percibido diferencia alguna entre el trabajo por la propia riqueza y el trabajo por la comodidad social "de todos". Su horror a la riqueza; la renuncia a la propiedad, que practicó la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén—que era una orden rigurosa y no un club de socialistas—revelan la máxima oposición imaginable a todo "sentimiento social"; estas convicciones no provienen de considerar que la situación exterior lo sea todo, sino de pensar que no es nada; no proceden de un aprecio exclusivo de la bienandanza de este mundo, sino de un absoluto desprecio de ella. Tiene que existir algo, ante lo cual toda ventura terrenal desaparezca en nada.

(*) Admitimos estas lamentables expresiones de Spengler en los indicadores marginales del texto, a fin de que el lector pueda hacerse cargo del desarrollo de la idea de este autor.

CONSECUENCIAS DE LA VENIDA DE CRISTO AL MUNDO

Entonces, despierto el hombre de aquel mortífero y continuo letargo en que yacía, vió la luz de la verdad tan deseada y que buscaron en vano siglos y siglos; desde luego conoció que había nacido para unos bienes más altos que los que se perciben con los sentidos, frágiles y pasajeros, y en los cuales había puesto el fin de todos sus pensamientos y cuidados; conoció también que ésta era la constitución de la vida humana, que esta era la ley suprema, y que todas las cosas deben dirigirse a Dios como a su fin para que habiendo salido de Él, a Él volvamos algún día. De este principio y fundamento surgió renovada la conciencia de la dignidad humana, y los corazones recibieron el sentimiento de la fraternal caridad de todos.

Entonces los deberes y los derechos, como era consiguiente, en parte fueron perfeccionados y en parte constituidos íntegramente, y a la vez, las virtudes se exaltaron hasta un punto que no pudo nunca sospechar siquiera ninguna filosofía; de aquí que los consejos, las costumbres y la conducta de la vida tomaron otro rumbo, y cuando el conocimiento del Redentor hubo afluído copiosamente, y su virtud, que excluye la ignorancia y los antiguos vicios, se hubo fundido en las íntimas arterias de los pueblos, entonces se obtuvo aquella mudanza de cosas de las gentes que, adquirida por la humanidad cristiana, cambió radicalmente la faz de todo el orbe.

los cimientos de la sociedad doméstica;

en la sociedad civil;

en las relaciones entre pueblos y naciones.

La ley cristiana
base del verdadero orden.

comedimiento. Admirablemente se afirmarán los cimientos de la sociedad doméstica, si impera el laudable temor a Dios; tanto al prohibir como al mandar, y por la misma razón muchas de las cosas que se prescriben por la naturaleza estarán en pleno vigor en los pueblos y en las naciones. Se verá cómo debe obedecerse a las potestades legítimas y acatar las leyes, según derecho, no armar sedición alguna y no tramar conspiraciones tampoco.

Y así, donde quiera que presida la ley cristiana y ninguna potestad se lo impida, allí espontáneamente se conservará el orden establecido por la Divina Providencia y la prosperidad e incolumidad florecerán de consuno. LA SALUD UNIVERSAL RECLAMA, PUES VOLVER ALLÍ DE DONDE NUNCA SE DEBIERA HABER SALIDO, ES A SABER, A AQUEL QUE ES CAMINO, VERDAD Y VIDA, Y NO SÓLO CADA UNO EN PARTICULAR, SINO TODA LA SOCIEDAD EN COMÚN.

CONVIENE QUE ÉSTA SEA OTRA VEZ RESTITUIDA A CRISTO SU SEÑOR, Y SE HA DE CONSEGUIR QUE LA VIDA DERIVADA DE ÉL LLENE A TODOS LOS MIEMBROS Y PARTES DE LA SOCIEDAD, Y SE SATUREN DE ELLA LOS MANDATOS Y PROHIBICIONES LEGALES, LAS COSTUMBRES POPULARES, LAS ENSEÑANZAS LLANAS Y CASERAS, LOS DERECHOS CONYUGALES, LA NORMA DE VIDA DOMÉSTICA, LOS ALCÁZARES DE LOS OPULENTOS Y LOS TALLERES DE LOS OBREROS.

Y no ignore nadie que de esto depende en su mayor parte la suavidad de las costumbres de las gentes tan desatadas y apetecidas, porque ésta crece y se alimenta no sólo de aquellas cosas que sirven de pábulo al cuerpo, como las riquezas y comodidades, sino también de aquellas que pertenecen al espíritu y forman las costumbres loables y el culto de todo linaje de virtudes.

EL CONOCIMIENTO DEL HIJO DE DIOS

Entre los que están lejos de Cristo muchos más lo están por ignorancia que por voluntad perversa, y mientras muchísimos hallamos desosos de conocer con todo afán el estado social del orbe y del hombre mismo, poquísimos vemos ocupados en querer conocer al Hijo de Dios. Primero, pues, hay que destruir la ignorancia con el conocimiento de Él, para que desconocido no sea repudiado o despreciado.

Y exhortamos a los cristianos de todo lugar, condición y jerarquía que por todos los medios imaginables y según la medida de sus fuerzas trabajen para que sea conocida la persona del Redentor, tal cual ella es y merece, a la cual *si cada uno mira y considera con cabal juicio y sinceramente, verá con toda claridad no haber nada más saludable en el mundo que su ley, ni más divino y altísimo que su doctrina.*

Vuestra autoridad y cooperación, Venerables hermanos, ha de contribuir por modo muy poderoso a tan noble fin, lo mismo que la diligencia y empeño de todo vuestro clero. Pensad que es la parte principal de nuestro oficio imprimir en los corazones del pueblo la verdadera noción y la imagen real de Jesucristo, y por medio de la literatura y la oratoria, en los colegios, en las escuelas de literatura primaria, y en donde quiera se presente ocasión, explicar sus beneficios y su caridad ardentísima.

DEMASIADAS COSAS HA OÍDO EL PUEBLO DE LO QUE SE HA LLAMADO DERECHOS DEL HOMBRE; OIGA ALGUNA VEZ, POR FIN, ALGO DE LOS DERECHOS DE DIOS

De lo que se ha llamado *derechos del hombre* demasiadas cosas ha oído el pueblo; oiga alguna vez, por fin, algo de los *derechos* de Dios. Que este sea el tiempo más oportuno para ello lo indican el amor de muchos a las cosas de piedad recientemente despertado, como dijimos, y de un modo especial la devoción tan manifiesta a la persona del Redentor que hemos de legar, Dios mediante, al siglo venidero en prenda de mejores días. Pero como no se trata de una cosa que no hay que esperar de otra parte a no ser de la gracia divina, unidos en afán y caridad instemos con súplicas fervientes a la misericordia del Todopoderoso, a fin de que no permita que perezcan aquellos a quienes libró con su preciosa sangre derramada, que mire propicio a la generación presente que mucho ciertamente delinquiró, pero mucho también a su vez ha sufrido y muy ásperamente en expiación de su delito y que abrazando con benignidad a todos los hombres y gentes, se acuerde de aquellas palabras suyas: "*Yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré todas las cosas a Mí*" (16).

1 noviembre 1900

(16) Joann. XII, 32.

*Ego si exaltatus fuero a terra,
omnia traham ad meipsum.*

La Encarnación, momento culminante de la Historia

Por Emilio CASTELAR

El ocaso del mundo pagano

Hemos estudiado en el siglo primero el estado de Roma, y el estado del mundo. (...) El mundo pagano sentía en sí como un desfallecimiento que le obligaba a pedir un nuevo principio de vida, un nuevo elemento de progreso. Las sociedades expresan por signos infalibles como los individuos el instante en que el frío de la muerte se extiende sobre su cuerpo, y la sombra de la duda por su alma. Y aquella paz del mundo pagano, en tiempo de Augusto, que todos han considerado como una señal de vida, era en realidad una señal de muerte. Cuando la gran lucha entre los elementos orientales y griegos concluyó, cuando enmudeció la tribuna, cuando la filosofía buscaba instintivamente un nuevo dios en el cielo, una nueva idea en la conciencia humana, cuando los templos estaban desiertos y los oráculos mudos, sólo una idea nueva, una idea pura, una idea descendida del cielo como un rayo de sol, podía levantar a la humanidad de su abatimiento, y abrir nuevos espacios a su incesante progreso. (...)

El destino de Israel

Y Asia en uno de sus santuarios guardaba la única idea que podía servir como de raíz al cristianismo, la idea de la unidad de Dios, idea, cuyo sacerdote era el pueblo hebreo.

Este pueblo tenía sobre todos los pueblos de la historia una constancia que era su incontrastable fuerza; una fe purísima en la unidad de aquel Dios, que bajo su aspecto moral era justo y pródigo, y bajo su aspecto metafísico el ser por excelencia; Dios, que ninguna imagen podía representar, que ninguna palabra humana podía contener; Dios, que había formado en el alto Sinaí un pacto con su pueblo, que el pueblo no podía romper sin ser castigado por la divina cólera; pero sobre esta constancia, sobre esta fe, sobre este pacto solemne, el pueblo hebreo tenía una virtud, que le había de hacer superior a todos los pueblos, dueño de la conciencia religiosa de la humanidad, depositario de las promesas del Eterno, padre temporal del Verbo; y esta virtud era su esperanza en la renovación de su vida, en el progreso de su raza, en el triunfo del justo, en el descendimiento a la tierra del que había de ser su amparo y su salvación, pues mientras los demás pueblos de la historia volvían sus ojos a lo pasado, y suspiraban por la edad de oro que habían dejado a sus espaldas, el pueblo hebreo lleno de esperanza se espaciaba en el seno de lo porvenir, y se unía más y más a su Dios, convencido de que había de exaltarle y protegerle con el cumplimiento de sus consoladoras promesas.

La idolatría y el cautiverio

Un día el pueblo puso en olvido esta fe y esta esperanza. Su corazón se abrió a la idolatría. Cambió la miel depositada en su alma por el veneno corrosivo de una idea extraña a su civilización. La idea de Dios sólo centelleaba en algunas almas grandes, en algunos corazones enteros y rectos. Entonces apareció por las montañas un soldado feroz, y

cayó con su espada más poderosa que el rayo sobre Jerusalén. El santuario se conmovió en sus cimientos, el pueblo alzó los brazos al cielo, clamando por su Dios. Pero ya era tarde. Las piedras del santuario rodaron por las plazas y las calles, la peste y el hambre vinieron sobre la ciudad santa, y el terror fué tal, que hasta los pechos de las madres se secaron y no pudieron lactar a sus hijuelos, como si Dios hubiera querido exterminar a Israel. El poderoso conquistador, azote de Dios, arrancó a los hijos de Jerusalén a su templo y a sus hogares; descalzó sus pies para que sintieran las espinas de la tierra, ató sus manos a las espaldas, y los arrastró por el desierto a las profanas orillas de extranjero río. El dolor fué como una gran revelación para el pueblo. En el abrasado desierto se acordó de que sólo su fe podía refrigerar su alma; en la soledad comprendió que sólo sus cánticos religiosos podían acompañar sus suspiros y sus gemidos. En vano sus amos les señalaban sus ídolos y los templos deslumbradores de Babilonia; el pueblo llevaba a Dios en otro templo más grande y más hermoso, en su alma. En aquella tristeza, en aquella desesperación, en el fondo de aquellos calabozos más oscuros que la negra noche de la muerte, allí, donde sólo se oía a lo lejos el sordo rumor de las ondas del Eufrates, o el gemido del viento entre los sauces, allí penetró el rayo del cielo, la inspiración profética. Los profetas sienten que aún es posible restaurar el templo, que aún es dable volver a orar sobre la montaña de Sión. (...)

El retorno a una fe más pura

Por fin, la esperanza se cumple. La tribu de Judá vuelve a sentarse sobre las montañas del Sión. Todos los que no adoran al verdadero y único Dios, son separados de su contacto. El culto se concentra en Jerusalén. Allí han de ir todos los hijos de Dios a ofrecer en sus aras el becerro y todas las víctimas. La tribu de Judá fué el sacerdote de Dios. Es verdad que Efraín se apartaba del verdadero culto; pero en cambio los Samaritanos se acercaban al templo. El pueblo había adquirido en el cautiverio una fe más pura, había dejado en sus calabozos aquella movable sensibilidad del niño, que le llevaba a dejarse halagar y seducir por el falso cántico de la idolatría, y había fortificado lo que era su salvación, lo que era el secreto de su vida y la esencia de su alma; su dulce y consoladora esperanza. La educación religiosa se extendió más por el pueblo. (...)

El destino de Israel era conservar su fe pura hasta el día en que de esa fe brotara la idea religiosa de la nueva humanidad, (...)

La gran aventura de Alejandro y sus consecuencias

Era necesario, sin embargo, que la humanidad conociese el camino, por donde habían los hombres de buscar al verdadero Dios; o por donde el verdadero Dios había de buscar a los hombres. Este destino de abrir el mundo oriental, templo cerrado, al mundo occidental, fué admirablemente cum-

plido por Alejandro. Su espada llamó a las puertas de Oriente, y las puertas de Oriente se abrieron de par en par para recibir el genio victorioso de la humanidad. La entrada de Alejandro en el Oriente es como una transformación del genio de la historia. Aquel templo misterioso había dado de sí muchos dioses, muchas teogonías; pero los dioses habían visto esclavos, nunca hombres; habían oído las plegarias de sus sacerdotes, nunca el grito audaz del pensamiento humano. Era necesario que la mitad de la historia no se perdiera, que la idea trabajosamente engendrada en el Asia no se evaporara como las emanaciones de sus lagos, como las esencias de sus flores. (...) Alejandro entró, y Alejandro despertó la vida, el alma inmortal en el seno de aquel mundo, porque llevaba en sus labios la idea humana, que era la idea de Grecia, como el Oriente guardaba en sus templos la idea divina, alma de toda su civilización. La idea divina, y la idea humana se buscaban instintivamente en el mundo cuando Dios preparaba las vías para la venida de su eterno Hijo desde el cielo. Así que Alejandro abrió el camino a las razas, los griegos comenzaron a internarse en Oriente. Allí el templo de Jerusalén les sorprendió, como si presintieran que de aquel templo había de salir la idea, heredera de toda la historia futura. Y al mismo tiempo los judíos sentían deseo de ver el mundo griego, de esparcirse en otros horizontes; y apoyados en su báculo, ceñidos los riñones en señal de pureza, llevando consigo el libro de sus padres, el testamento de su Dios, iban de región en región, hasta que llegaban a las rientes campiñas de Grecia, a las islas más hermosas del mar de la Jonia y del mar Egeo; y en aquella tierra, donde había brotado natural, espontáneamente el paganismo, en la cuna de todas las divinidades griegas, allí donde habían sonreído Venus en el mar, Cibeles en la tierra, Juno en los aires; en medio del universal antropomorfismo que ponía un dios, un genio en cada gota de agua, en cada hoja del árbol, en cada matiz del cielo, en cada destello de la luz, allí los hijos de Jerusalén, los semitas severos, menospreciadores de la naturaleza, levantaban el Dios único, ante el cual la tierra es como una sombra vaga; y con esta idea tan contraria a todas las religiones indo-europeas, preparaban el mundo y la conciencia a sufrir la transformación más grande y más maravillosa que ha presenciado la historia. (...)

La llegada del Mesías

El que había de venir, el esperado por todos los Profetas desde Elías hasta San Juan, llama con regalado acento a las puertas de la vida. Una hermosa mujer lo da a luz en el seno de miserable establo, cuando podía haber tenido por cuna el sol y por cendales la primera luz que brotó sobre el Universo. Es imposible, señores, absolutamente imposible mirar esta gran figura de Jesucristo, sin sentir la conciencia como abismada en un mar profundísimo de grandes e indecibles sentimientos religiosos. Si el pensamiento de todos los reformadores venidos a la tierra ha sido en su primer aparición superior a la inteligencia humana ¿qué diremos de este reformador divino, que trae, no una nueva doctrina, sino una nueva vida? Hijo del pueblo, criado como el esclavo en el trabajo, desconocido de los que había de salvar, perseguido por los tiranos de su patria, insultado por los sacerdotes de su Dios, sin una piedra donde reclinar la cabeza en esta tierra, hechura de sus manos, sin un amigo que lea en su frente el pensamiento divino en ella grabado, comienza la predicación de su doctrina, de aquella doctrina santísima, que es una nueva alma para el hombre, un eterno ideal para la civilización, y atrae así las muchedumbres maravilladas, y derrama una esperanza infinita en el ánimo del esclavo, del enfermo, del desvalido, del pobre, de todos los que lloran, de todos los que padecen la injusticia en la tierra; y cuando llega la hora de dar un eterno ejemplo a todos los desheredados abre sus brazos, y los extiende en la cruz como para estrechar en su divino seno la humanidad, y darle la verdadera vida, la vida del alma con su postrer suspiro, con su último aliento. Ved señores, lo que había venido a ser el Mesías esperado por los judíos materialistas y carnales. Su

palabra más pavorosa que el trueno se convierte en dulce palabra de amor, su guerra a los enemigos de Judá en lágrimas y oraciones, su rayo vengador en olvido y perdón de las humanas culpas, sus ángeles exterminadores en pobres apóstoles sedientos de paz y de justicia, su nube de tempestad en una cruz, su diadema de fuego en una corona de espinas, su odio a todas las razas enemigas de Israel en una efusión, en un abrazo eterno a toda la humanidad, su sed de sangre y de exterminio y de venganza en dar su propia sangre, su propia vida por la salud del humano linaje; porque el Dios de las venganzas se ha aplacado, desde el instante en que cayó su eterna palabra de amor sobre el tempestuoso y emponzoñado mar de nuestra vida.

La figura que se levanta sobre toda la civilización

Señores: detengámonos a contemplar de nuevo la figura de Jesucristo. Esto podría parecer un retroceso en mis lecciones, y no lo es, señores. En el año anterior arrojé mis ideas generales sobre la época, objeto de mis estudios. En este año debo confirmar esas mismas ideas, debo demostrar que son leyes reales, objetivas, inquebrantables de la historia. Y como la figura que se levanta sobre toda la civilización; la figura a cuyos pies se desploma el Templo y el Capitolio; la figura que se ve radiante de gloria sobre todas las ruinas; la figura que contiene y troncha las ensangrentadas armas de los bárbaros, es la figura divina de Jesucristo y nosotros debemos detenernos a contemplarla; porque hemos venido a la vida bajo su manto, y esperamos dormir el sueño de la muerte en su regazo. Jesucristo explica a sus discípulos y al mundo que su ley no ha venido a destruir la antigua ley, sino a esclarecerla y completarla con otra más santa doctrina. Así el Salvador plantea su doctrina, separándola de todas las doctrinas de su tiempo. Contra el sentido materialista de los saduceos, predica la inmortalidad del alma ciertamente más duradera que el cielo y el sol y las estrellas. Contra los fariseos atentos a la letra de la ley, verdaderas momias que petrifican la doctrina antigua, robándole su esencia divina, predica el culto del espíritu. Contra los esenios predica la necesidad de salvar al mundo, no retirándose de él, sino yendo amorosamente a buscarle en sus enfermedades y en sus errores. Pero, a pesar de esta diferencia de doctrina, una su ley de amor, su ley de esperanza con la antigua ley, regenera el mosaísmo con la sabiduría de su doctrina. (...)

Jesucristo, Rey universal

Jesucristo viene a fundar el reino de Dios en la tierra, para abrir al hombre otro reino aún más elevado en el cielo. El reino de Dios es el reino del espíritu, que flota sobre todas las tempestades del mundo, que se levanta como un ideal sobre todos los hechos de la historia. En ese reino entrará la mujer tenida por esclava, por indigna de compartir el espíritu con el hombre; y será una fuente perenne de amor y de virtud. En ese reino entrarán los débiles ancianos, que muchos pueblos estrellaban, por creerlos inútiles, en las piedras de sus muros. En ese reino entrará el esclavo, que no era hombre, el esclavo, que había encontrado un padre en el Señor. En ese reino entrará el niño, porque en el niño se renueva diariamente la primitiva naturaleza del mundo, la primera inocencia del hombre. Ese reino será universal, y se extenderá por todas las zonas de la tierra; y acogerá a todas las razas humanas como el cielo que cubre todas las frentes, como el rayo de sol que así corona la cima de las montañas como se extiende por la profundidad de los valles. El hebreo, el pueblo escogido, como tiene el corazón cerrado a la esperanza verdadera y abierto a falsas esperanzas; como se empeña en quedarse en su templo de piedra cuando Dios ha levantado otro templo más grande en el espíritu: como prefiere su reino de un día limitado por las montañas y los desiertos a ese otro reino de todos los tiempos que se pierde en las riberas de la eternidad; como se cree en su orgullo único sacerdote cuando el Verbo ha llamado al sacerdocio to-

das las gentes: será excluido de ese reino, como el mal vendimiador fué arrancado de la viña por haber herido al hijo de su señor; y será pospuesto al publicano y a la prostituta, si no derrama lágrimas, y arrepentido y contrito prefiere a la circuncisión del cuerpo la circuncisión del espíritu, si no levanta sus brazos a Dios, y le bendice por haber mandado a su Hijo no sobre las nubes y los relámpagos y el rayo, sino sobre el ignominioso madero de la cruz.

La restauración del mundo por la fe

Jesús llama a su reino a todos los hombres. Mas para entrar en su reino les exige renovación del alma, limpieza del corazón. Es imposible, absolutamente imposible, ser dignos del reino divino, si no enderezamos en toda nuestra vida el corazón al bien, y la inteligencia a la verdad. La decadencia del mundo moral sólo podía curarse con el nacimiento de un ideal nuevo de virtud, pero tan claro como el sol en Oriente. Este ideal hermosísimo, deslumbrador, era la doctrina de Cristo, la ley del Evangelio que renovaba el mundo moral. (...) Más Jesucristo erigía la fe, la confianza en Dios. El mundo había confiado en la espada de muchos conquistadores, en la fuerza de muchos ejércitos; ya era hora de que confiase en Dios, en una fuerza espiritual, capaz de remover las montañas. Esta fe es la virtud por la cual se ha de propagar el cristianismo. (...) La restauración del mundo por la fe va a cumplirse. Abriránse las puertas de los circos, entrarán en ellos los seres débiles, y recibirán la muerte con la sonrisa en los labios, y los ojos perdidos en el cielo. Se abrirán las entrañas de la tierra, y entrará el hombre en el seno de las catacumbas, y en aquellos sepulcros encontrará la vida, y en aquella oscuridad una luz más viva que todos los resplandores del día. Jesucristo era el ideal de la verdad realizada. El hombre difícilmente ama la verdad abstracta. Puede comprenderla, puede seguirla, puede enaltecerla; pero amarla con este amor vivo, profundo, con que el hombre ama a sus semejantes, no podrá nunca. Por eso en los altos destinos de la providencia y de la historia, era necesario que la verdad descendiera a la tierra vestida con nuestra carne, animada con nuestra sangre, revelada en nuestra misma palabra, expuesta a nuestros dolores, a nuestras mismas tribulaciones, vertiendo lágrimas, y llegando hasta la muerte; para que así la verdad hablara a todo el hombre, a nuestra carne, a nuestra sangre, a nuestra palabra, a nuestros dolores, a nuestras tribulaciones, a nuestras lágrimas, a nuestra muerte como hablaba al corazón y a la inteligencia. (...)

La lucha contra el paganismo

Inmediatamente después de la fundación de la Iglesia debían formularse las promesas de la nueva religión a los mortales. El porvenir debía centellear a los ojos de esta religión con luz desconocida y siempre nueva. El primer paso del cristianismo debía levantar en el mundo una guerra sin tregua, pero una guerra en que no sabrían matar, sino morir sus discípulos. Las instituciones privilegiadas, los dioses materialistas, los falsos oráculos, las religiones fantásticas y magas, las aristocracias teocráticas debían levantarse, interponerse en su camino, cercarle todas las vías con fuego y sangre; porque el espiritualismo cristiano había de destruir y aniquilar la antigua organización religiosa, que llevaba en su seno la desigualdad natural, y como consecuencia precisa la esclavitud de los hombres. (...) Pero no es solamente la promesa del reino de Dios en la tierra, lo que nos guarda Je-

sucristo. Su mirada se levanta más allá, y se pierde en el cielo, de quien es enviado. Y con los ojos puestos en el cielo enseña que pasarán todas las cosas como sombras vanas, se apagarán los astros como pavesas arrastradas por el viento, y vivirá este gusanillo de la tierra, que se llama hombre. La inmortalidad del alma tan clara, tan manifiesta en las páginas divinas del Evangelio, es la verdad, que más ha exaltado nuestra naturaleza. (...)

La fundación de la Iglesia

... Así Jesucristo debía hacer su obra permanente, y debía asociar a esa obra todos los hombres. No bastaba que hubiera aparecido un día en un rincón del espacio el Dios-Hombre, era necesario que su imagen y su doctrina se difundiese por toda la tierra y se dilatase por todos los tiempos. (...) Era necesario fundar la Iglesia universal, la Iglesia del espíritu sobre los restos de los antiguos templos. Esta divina misión fué confiada a San Pedro como atestiguan todos los Evangelistas. Para entrar en la Iglesia de Jesucristo es necesario el bautismo en cuyas limpias y transparentes aguas se bañaba el espíritu recobrando toda su pristina pureza, toda la transparencia que tenía, cuando volaba desde el seno de Dios al seno del hombre en el primer instante de la creación; y para perpetuarse en la Iglesia es necesario la comunión del hombre con su Dios, que en la última cena dejó a los mortales su sangre y su cuerpo como les había dejado su testamento, su espíritu para que se confundieran con Jesucristo, y se identificaran con su doctrina y con su vida. (...)

El momento supremo de la Historia

No juzgamos por Dios, señores, este momento supremo de la historia con las ideas estrechas y vulgares de nuestras preocupaciones. Levantémonos sobre todo espíritu de secta, y tendiendo los ojos al mundo, miremos su estado, su situación extraordinaria. El espíritu humano había llegado a sus más altas ideas, a sus más sublimes concepciones, en la escuela platónica y en la escuela estoica; el derecho romano, rompiendo el recinto de la ciudad, se levantaba como una corona de luz sobre la frente de todas las razas; el paganismo sentía deslizarse bajo su corona de verbena, bajo su manto de estrellas, en la copa, donde libaba su vida, el veneno de una muerte cierta, y enviaba al Panteón todos sus dioses como si tratara de ponerlos bajo el amparo incontrastable de Roma; la antigua ciencia del Oriente iba a Alejandría a pedir auxilio a su eterna enemiga la ciencia de Occidente para contrastar la nueva religión; el mundo, como blanda cera, se dejaba modelar por las manos de Roa; las razas perdían sus instintos de aislamiento y de egoísmo y se abrazaban bajo la idea de humanidad; un presentimiento de una nueva verdad, de un nuevo Dios agitaba la conciencia de pensadores como Séneca, y la lira de poetas como Virgilio; el hombre sentía en su seno esa tristeza que se apodera de las generaciones cuando van a entrar en grandes luchas, cuando van a cumplir grandiosos destinos; y en esta situación extraordinaria del espíritu, el cielo mandó sobre la tierra su luz, su Verbo, el cristianismo, para que anegara los tiempos pasados y diera una nueva edad de justicia y de derecho a su hija predilecta, a la sublime humanidad. (...)

(De *La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*)

DISCURSO DEL PAPA A LOS UNIVERSITARIOS CATOLICOS

(6 DE ENERO DE 1946)

A LOS GRADUADOS

“Bienvenidos seáis, amados hijos de la sección de “Graduados de Accón Católica”, que estos días os habéis reunido en Congreso nacional para emprender con bríos nuevos vuestro trabajo, penosamente interrumpido por la guerra. Con bríos nuevos hemos dicho, pero también con nueva y más poderosa eficacia, gracias a la especificación de vuestras actividades, sin perjuicio de la unidad, según las diferentes profesiones que representáis; profesores de Instituto, técnicos, juristas, profesores de Universidad, médicos y artistas.

Es digna de todo elogio esta idea vuestra, porque, de la misma manera que es natural que la vida en un espacio mismo una a los hombres que allí habitan en un barrio o en un ayuntamiento, así es cosa normal que también la actividad común, ejercitada por ellos continuamente al servicio de las necesidades múltiples de la sociedad, igualmente les junte. Ahí está la historia para demostrar que tales uniones profesionales, bajo diversos aspectos, formas y nombres, han producido frutos preciosos, tanto para el bien de la sociedad como en interés de cada uno de sus miembros. Y tanto más ha sido y se repetirá el caso cuando la unión se funda en el más profundo y sólido fundamento de la vida y tiende al fin más alto, según las enseñanzas de la fe católica. Sin embargo, no todos han reconocido esta verdad y esta experiencia. Más bien, no son raros los que sistemáticamente la rechazan. Desean una cultura completamente separada de la religión, y unas profesiones completamente independientes de todo principio sobrenatural. El prestigio deslumbrador de los progresos materiales conseguidos en todos los campos, especialmente de un siglo para acá, ha sido ocasión de estos funestos prejuicios. Hasta se ha querido sostener que la fe cristiana, por el hecho mismo de que eleva el ideal de la vida humana más allá y por encima de este mundo que se ha de acabar, debilita las energías para el trabajo, priva al trabajo mismo de todo entusiasmo y de toda alegría y quita a las diversas profesiones todo valor propio intrínseco y toda nobleza. A pesar de eso, ya desde hace mucho y antes todavía de la otra guerra, todo el que sabía tener abiertos los oídos ante este mundo del trabajo, que conscientemente procuraba destacarse cada vez más de la religión, podía percibir, entre el ruboroso concierto de un afectado optimismo, notas discordantes y vibraciones profundas. La tan decantada energía del trabajo fué degenerando cada vez más y convirtiéndose en precipitación, en agitación febril de un hombre que no sabe de nada. ¿Y cómo habría podido saber, separado como estaba del verdadero fin, último y supremo de toda acción, que es Dios? Dios, que actividad eterna en la absoluta y eterna quietud es el único que puede comunicar en todos los momentos a su criatura la incesante e indefectible energía en la calma de una paz imperturbable. El tan glorificado placer del trabajo se transformó, cada vez más, en el amargo lamento de una ocupación sin alma, casi mecánica, más o menos forzada, en la fastidiosa monotonía de los días, siempre iguales, en la repetición de gestos siempre uniformes, vacíos de pensamiento. Y cómo habría podido ser diversamente cuando faltaba el principio de toda grandeza, de toda belleza, de toda alegría, que es Dios. Dios, infinita bienaventuranza; Dios que, precisamente por eso, es el único que puede convertir en grande nuestra más humilde acción, en bello nuestro más austero deber y en alegre nuestro más duro trabajo. Finalmente, el valor intrínseco de cada una de las profesiones que se había querido destacar de todo vínculo con el fin último del hombre y que se quería exaltar como un nuevo descubrimiento, se derrumbó igualmente. ¿Y por qué? Porque el andar del tiempo, los progresos de la ciencia y de la experiencia, rene-

gando todo fundamento metafísico y suscitando siempre nuevos problemas, empujaba hacia sombras cada vez más espesas en el misterio de una respuesta que fuera suficiente para aquellas cuestiones vitales. ¿De dónde, para qué? A falta de un nudo central que las uniera y las coordinase en su campo de acción, las diversas profesiones convertidas “en todo en sí mismas” se quedaron sin unión recíproca, perdieron su dignidad, su belleza y su consuelo íntimo, porque se había echado al olvido el valor supremo de la vida humana que todo lo vivifica y todo lo une. Es decir, la más perfecta semejanza posible con Dios, que es el bien más elevado y, por consiguiente, la fuente y la unidad de todos los demás valores. Una triste confirmación de la verdad del cuadro que estamos pintando de la cultura laica la hallamos en el hecho de que no pocos ni ven, ni encuentran ya en el ejercicio de su profesión, en su trabajo ordinario, el centro de su interés, y como el hogar de su vida sobre la tierra, sino que andan siempre en busca de distracciones, de diversiones y de pasatiempos en sus horas libres. Por eso el mundo entero está lleno de esos hombres aburridos, escépticos, divididos entre dos vidas incoherentes. Bien distintos eran nuestros padres que con su fe, su esperanza y su amor, ponían su meta en el más allá, y por eso elevaban al cielo las agujas de sus catedrales y hacían subir a lo alto las bóvedas de sus templos, y, a pesar de todo, vivían, en realidad, sobre esta tierra una vida ordinariamente más tranquila, más firme, más perseverante, más enérgica y también más alegre; trabajaban con la mente y con el brazo y, a pesar de todos los sufrimientos, eran más felices en este mundo que tantos contemporáneos nuestros, hijos de una civilización más llena, en tiempos ordinarios, de todas las comodidades de la vida, pero incomparablemente más pobres por estar más alejada de Dios y porque las exigencias y las aspiraciones hacia el bienestar aumentan con rapidez mayor que los medios para satisfacerlas. En esta civilización, por encima de las fábricas gigantes, de los magníficos palacios de los bancos, de los grandiosos almacenes, de las ricas bibliotecas, de las amplias clínicas, de los suntuosos teatros, de los espaciosos campos de deporte, no se ve levantarse la catedral moderna como símbolo del insustituible e indispensable valor total de la vida humana. Y así se comprende por qué, aun entre los que viven entre tantas grandezas, se encuentran constantemente tanta tristeza, tanta indolencia, tanto descontento, tanta superficialidad y tanta ligereza.

Gracias a Dios vosotros tenéis otra idea de vuestra profesión. Si el Padre celestial, sin el cual, según el Evangelio, no cae un pájaro sobre la tierra, tiene contados hasta los pelos de nuestra cabeza (Cfr. Mat. X, 29, 30), ¿con qué sabiduría y amorosa providencia dirigirá también los más insignificantes sucesos que se refieren al destino del hombre! Sin duda ninguna, El, quitados los casos extraordinarios, a nadie llama directamente para una determinada profesión. Pero en el juego de las circunstancias exteriores, independientes de la voluntad propia, el hombre tiene que reconocer el dedo de Dios que le indica en qué dirección ha de hacer su elección y en las aptitudes, en las inclinaciones naturales recibidas de Dios, que un examen serio hace descubrir en sí mismo, el joven prudente descubre igualmente otra señal de la voluntad divina para esta misma elección. Entonces está él seguro de que el camino elegido es el sendero de Dios y que le lleva a Dios. Entonces está seguro de que, como miembro del Cuerpo Místico de Cristo por su filiación divina, puede realizar precisamente, mediante su actividad profesional, los más felices progresos en el trabajo de su perfección y de su santificación, semejante al siervo bueno y fiel que, interpre-

tando la voluntad de su señor, le trae con los talentos que se le habían confiado, los frutos que ha sacado de ellos. Entonces está seguro de que siempre y en todas partes hace con su misma profesión una obra de Dios, obra que exige, cierto, constantemente y en el más alto grado, el sentido de la responsabilidad el cuidado de la preparación y del perfeccionamiento, pero que en compensación da la alegría del mismo trabajo, la alegría del éxito, la alegría del fruto en favor del prójimo y de la sociedad y, finalmente, también la tranquilidad de la conciencia y la paz del corazón en las inevitables desventuras y contrariedades, convencido como está de que nada es inútil cuando se ha hecho por Dios.

Permaneced, pues, íntimamente unidos en este espíritu, amados hijos, vosotros los que ejercitáis una misma profesión. Entonces también, en la diversidad de vuestros grupos profesionales, los más altos lo mismo que los más humildes; los trabajadores intelectuales lo mismo que los manuales, formaréis una amplia y sólida unidad, la unidad de la alabanza al Señor con la profesión y con el trabajo, la unidad de vuestra común semejanza personal que, según el testimonio de la Sagrada Escritura, trabaja siempre (Cfr. Juan, 5, 17). Entonces se realizará en vosotros y en vuestras familias lo que la Iglesia pide: "Splendor Domini Dei nostri super nos, et opera manuum nostrarum dirige super nos, et opus manuum nostrarum dirige" (Ordinario del Oficio Divino, Ad Primam, Cfr. Salmo 89, 17).

A LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Vemos junto a Nos nutridos grupos de estudiantes de ambos sexos, que nos alegramos de ver y de saludar igualmente.

Una viva conmoción nos oprime el corazón, amados hijos e hijas, cuando pensamos lo que habría debido ser y lo que en realidad ha sido, al menos para muchos, vuestra vida de estudiantes universitarios hasta el día de hoy. Ciertamente que habríamos deseado que hubiera sido intensa, pero no agitada y angustiosa, dedicada en la calma y en la seguridad, en la alegría santa y serena, a un estudio severo y profundo. En cambio os ha tocado saborear las amarguras de una guerra brutal, de la dura miseria, de las discordias políticas. Más aún, cuántos de vosotros, arrancados bruscamente de los estudios y de los trabajos emprendidos, sin culpa ninguna, habéis sido atropellados por el turbión de los sucesos y arrojados en el fondo de la gran tormenta. Quiera Dios que, por lo menos, el año que acaba de comenzar abra la era de la reconciliación leal y de la cooperación sincera de todos aquellos que habiéndose encontrado en condiciones y en terrenos diversos pueden mirar sin rubor al pasado, y movidos por su buena voluntad y su espíritu de sacrificio desean prestar sus servicios al país en la ardua y gigantesca empresa de su reconstrucción. No os dejéis desviar ni vencer por el huracán del tiempo; no os dejéis ni siquiera apartar al fin al que ahora debéis tender. Continúa vuestros estudios con aquella amplitud de juicio y aquella profundidad de penetración que, desarrollando vuestra cultura final, permitan prin-

cialmente conseguir amplios conocimientos en vuestra especialidad y hacer segura una sólida base científica para el futuro ejercicio de vuestra profesión.

En esta formación intelectual, vuestros años de Universidad representan un valor que si no se sabe estimar o se ejercita vanamente, nunca se podrá recuperar en el porvenir. No olvidéis, sin embargo, que con el profundo estudio de las ciencias profanas debe marchar a la misma altura el progreso de la ciencia religiosa y de la perfección de la vida interior. Efectivamente, la experiencia demuestra que la ciencia, cuando se la despoja de la fe en Dios y se la separa de la vida cristiana, queda expuesta al peligro de atrofiarse o de resultar mutilada o espiritualmente desviada. Es necesario, pues, que en estos preciosos años madure en vosotros el hombre, pero también el cristiano. Es necesario que se extienda y reanime en vosotros el espíritu de oración, de temor de Dios, de amor a Cristo, de fidelidad a la Iglesia. Es necesario que, como hombres y mujeres de probada virtud, podáis decir al Señor con el corazón abierto: "Hereditas mea, precepta tua in eternum" (Salmo 118, 111). Entonces, y solamente entonces, estaréis en condiciones de llevar la verdadera felicidad a las familias que habéis de formar y hacerlos sostén del orden público. Hombres y mujeres, en quienes el porvenir de la Patria podrán fundar con seguridad su edificio.

A LOS UNOS Y A LOS OTROS

Siempre en tiempos de trastornos tan formidables como los que hemos presenciado, ha sonado la hora de la Iglesia, la hora de todos sus fieles. Es la hora vuestra, graduados y estudiantes universitarios católicos. Vivid en guardia y tened conciencia de vuestra dignidad de cristianos. En los contactos indispensables con los que militan en campos contrarios, no os dejéis jamás arrastrar o comprometer en cosas que lleguen al honor católico, y menos todavía que ofendan de cualquier manera vuestros inviolables sentimientos religiosos. Los católicos poseen la verdad de su fe y las enseñanzas de la Iglesia. En su programa social, una riqueza tal de fuerzas positivas y constructivas que no tienen necesidad de ir a pedirselas prestadas a nadie. Para vuestra Patria, lo mismo que para toda la Humanidad, vale aquel principio de que solamente un pensamiento y una voluntad, animados y secundados por la fe cristiana, pueden dar al mundo la verdadera paz y los indispensables valores de la civilización. Salvar y conservar su Patria, sus familias, su pueblo, su aspecto visible y espiritual, la civilización católica que en el pasado ha sido su riqueza y ha formado su gloria. He aquí, amados hijos e hijas, vuestra misión.

A fin de que podáis llevarla a cabo dignamente, y para que el Hijo de Dios hecho hombre os conceda la abundancia de su gracia, os damos de todo corazón a cada uno de vosotros aquí presentes, y a todos los que vosotros amáis, nuestra paternal bendición apostólica".

(Texto de "ECCLESIA")

Se ha escrito modernamente que en la Historia de la Humanidad ha habido cuatro epifanias, es decir, cuatro apariciones trascendentales. Estas cuatro apariciones u ortos serían la del *Hombre*, la del *Pueblo*, la del *Estado* y la de la *Cultura*.

¿No se habrán olvidado de mencionar entre este cúmulo de epifanias, alguna que nosotros encontramos a faltar? ¿La epifanía de *Jesucristo* por ejemplo?

Noticiario quincenal

No puede haber progreso sin sucesiva perfección, conscientes de esa idea hemos de procurar ir introduciendo las modificaciones en la estructura de nuestra Revista que impliquen ese progresivo perfeccionamiento.

En tal sentido era cosa que no podía por menos de ser el que destinásemos un espacio a hacernos eco de aquellos acontecimientos más salientes del mundo católico. Nuestro nombre es ya un pregón de lo que somos y de la comunidad que tratamos de representar; todo lo que a ella afecte nos afecta a nosotros y por lo tanto debemos translucirlo mediante su referencia en nuestras páginas. Esa es pues la razón de ser de esta sección que hoy iniciamos y que en definitiva viene a ser simplemente un compendio o noticiario abreviado de los hechos y acontecimientos más destacados de la Cristiandad.

Deportación de Obispos cismáticos polacos

Según noticias del "Catholic Herald" a su vez recibidas de las Iglesias Orientales la policía soviética procede en Polonia a la detención y deportación de los Obispos del rito católico griego; entre los detenidos se encuentra el Arzobispo de Lwow; el Obispo sufragáneo de la misma diócesis; el Obispo de Stanislaowow y el Visitador Apostólico de las Iglesias de rito bizantino.

Desmanes anticatólicos de los nacionalistas anamitas

Las autoridades francesas comunican en un informe noticias del incendio por los anamitas de la misión católica de Longshuyen, siendo hechas prisioneras las religiosas y encarceladas las francesas. Parte de los niños asilados perecieron en el incendio.

Pensamiento del Episcopado francés

Ante la elaboración de la nueva Constitución el Episcopado francés se pronuncia denunciando los peligros del laicismo y defendiendo los principios esenciales de la doctrina católica sobre la persona humana, la familia y la sociedad.

El Arzobispo de Nueva York y «Pax Romana»

El Cardenal Spellman recibió al delegado español de dicha institución para quien tuvo palabras de elogio y esperanza en la tarea para la instauración del orden cristiano, base de una paz justa.

Filial adhesión de los Obispos polacos de la Santa Sede

Con ocasión de la denuncia del Concordato y posteriormente de la introducción en las leyes polacas del matrimonio civil, el Episcopado polaco en su reunión del santuario de Czestochowa acordó expresar al Sumo Pontífice su filial respeto y devoción, exortando en ello a sus fieles.

Sensacional conversión al catolicismo

El profesor Montaña, catedrático de Matemáticas, y corresponsal del periódico comunista "L'Humanité", se ha convertido al catolicismo ingresando en la Compañía de Jesús en Francia.

Preparativos en Roma para la celebración del próximo Consistorio

Siguiendo la vieja tradición se están haciendo ya los preparativos en la nave central de la Basílica de San Pedro; según noticias que se poseen hasat el momento se cree probable la ausencia al mismo del Arzobispo de Tolouse, monseñor Saliege, del de Cracovia, monseñor Spaieha y de los

Nuncios Apostólicos monseñores Masella y Micara, quienes recibirán el capelo cardenalicio en los países en donde se encuentran.

Más condenas para el Clero católico en yugoeslavia

Dos sacerdotes católicos han sido condenados a muerte por un Tribunal de Tito en Sarajevo; otros tres sacerdotes y dos monjes han sufrido la pena de trabajos forzados.

La persecución contra la Iglesia por el nazismo

En el desarrollo del proceso de Nuremberg en la lectura de su informe por el Fiscal Wheeler, desarrolló el tema de acusación en orden a la violación del Concordato con la Santa Sede y subsiguiente persecución de los elementos católicos, jerarquías y juventudes por parte de las autoridades nasis.

El mismo Fiscal en la segunda sesión de su informe detalló especialmente, con mención de una serie de casos concretos y aportación de documentos, la intensa persecución religiosa en la católica región del Tirol.

Alocución de Su Santidad a los estudiantes católicos

S. S. el Papa Pío XII recibió a los miembros de las Asociaciones católicas universitarias italianas, pronunciando un discurso en el que les advirtió de los peligros que rodean actualmente a la juventud, incitándoles a luchar contra todo lo que pueda herir sus sentimientos religiosos.

Persecución soviética contra los católicos polacos

Según recientes noticias publicadas por el semanario londinense "The Tablet" se van conociendo más detalles de la matanza perpetrada por los soviets contra católicos de las Iglesias Unidas en Ucrania y Polonia; la totalidad de los Obispos fueron hechos prisioneros, muriendo dos de ellos en prisión; más de quinientos sacerdotes han sido asimismo encarcelados. Entre ellos se encuentra una serie de mártires que sufrieron muerte por la fe, tales como el doctor N. Hhynk de la diócesis Przemyel, doctor A. Shiark, párroco de Vol Choloyeswka, Rvdo. V. Durbak, y un número indeterminado de ellos que fueron fusilados, principalmente en la cuenca minera de Dobromil.

El Papa se dirige a los Graduados católicos

Su Santidad en alocución dirigida a los mismos hace mención del mundo actual luego de la experiencia de medio siglo de cultura laica; señaló el escepticismo producido por la misma e indicó cómo había llegado el tiempo en que la Iglesia y su doctrina manifiesten con fortaleza su programa social (1).

(1) En este mismo número damos el texto de la Alocución citada.

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

"LUZ Y VIDA"

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

P. P. Teatinos
PALMA DE MALLORCA
M A D R I D
BARCELONA

Dirección y Administración:
General Barceló, 42

PALMA DE MALLORCA

"Fomento Social"

REVISTA TRIMESTRAL DE SOCIOLOGIA Y MORAL ECONOMICA

Director:
R. P. JOAQUIN AZPIAZU, S. I.



Hermosilla, 14 - MADRID

RAZON Y FE

Revista Hispano - Americana de
cultura

Publicada por Padres de la Com-
pañía de Jesús

REDACCIÓN: Pablo Aranda, 3

ADMINISTRACIÓN: Plaza Sto. Domingo, 15

MADRID